

Ediciones Vitruvio

Catálogo y Antología

1995-2012

www.edicionesvitruvio.com

Calle Menorca, 44. 28009. Madrid. Tlf: 91 573 21 86

Colección Baños del Carmen

1) Aconsejo beber hilo, de Gloria Fuertes

Cristales de tu ausencia

Cristales de tu ausencia acribillan mi voz,
que se esparce en la noche
por el glacial desierto de mi alcoba.
-Yo quisiera ser ángel y soy loba.
Yo quisiera ser luminosamente tuya
y soy oscuramente mía.

2) Finalismo, Cinco poetas que cerrarán el siglo, de Margarita Márquez Padorno.

(Alfonso Gota, Alfonso Berrocal, Pablo Méndez, Sergio Rodríguez, Oscar Canelas)

No sé

La mosca siempre intenta
cruzar el cristal
y a mí me gustaría
hacerme un llavero con tu alma.
Mi madre dice
que siempre pierdo las llaves,
pero es que nunca encuentro
la puerta de casa cerrada.

La gente, digo la mosca,
pasa su vida entera
intentando cruzar el cristal.
Yo sólo quiero tu alma,
para no perder las llaves
y poder entrar en casa.

Sergio Rodríguez

3) Barrio sin luz, de Pablo Méndez
2ª edición

Yolanda

Tenía quince años
y sabía bailar,
su padre se quedó dormido,
conduciendo.

Date prisa que ya empieza
-me dice nerviosa-,
y yo arrastro su silla de ruedas
hacia el televisor.

4) Confesiones de un ventrílocuo, de José Elgarresta

El hotel

Vacío
de nave espacial
prolongado
en el interior del cráneo.
Abismos
de palabras
en cada frase.
Teléfonos individuales
para comunicar directamente
con la depresión colectiva.
¡Y sin embargo es el hotel más caro!

5) Con el cuerpo del mar, de Jesús Ayet

En las llamas mirándote

No quisimos decirnos
ni una palabra sola
que incluyera el sentido
desafiante y torpe
contra Ti: te adoramos
como al Dios del los Hombres.

6) Arenal, de Carlota Vicens

Krajina, 2425

Ni en las calles polvorientas y encharcadas
-ni en el laberinto de las calles maltratadas
de la infancia-,
ni en el rincón aquel donde una niña vomita
y le atraviesa una bala,
o en el soportal en ruinas donde la madre busca
el escuálido pecho,
ni siquiera en el quicio de la ilusión perdida
es posible oír la voz del llanto.
Sabemos. La bomba, la metralla, los cuerpos
hacinados,
los negros ojos comidos por decenas de moscas,
tantos hombres que huyen al desierto,
tanto suburbio en los pasadizos del odio,
tanto miedo buscando su refugio... Sí, sabemos.
Son sólo imágenes desde el sillón;
seguirán otras que nos harán soñar.

7) Aquelarre en Madrid, de Fernando Beltrán
3ª edición

Palabras

Puedes bajar al mundo del los viajes
 pero entonces
te sobrarian raíles y habrá líneas
 paralelas al hombre
que oscurezcan la tos de sus distancias
no conducen los metros mas que al mismo
lugar donde ya estamos
 da igual barajar huellas
sabemos que la edad nos va prestando
sus cuartadas antiguas
 las brújulas no importan
son signo de los otros que reinciden
en el hábil manejo de un billete
 con las cartas marcadas
y he seguido
 fiel costumbre de aceras
 por los planos más íntimos
su escaparate atónito sin precio
la grata muchedumbre de unos pocos
 me he dejado sentar en cualquier banco
y he escalado la ruta de los pies
a la hondura del ojo donde aguardan
desde el tiempo del niño
 las palabras

8) Luna Hiena, de Jesús Llorente Sanjuán

Verano muerto

Con el corazón perdido para siempre
y la furia y la piel petrificadas
en huelga de carne y de poesía
a la luz de la vida
aún te espero.

9) Huérfanos de padres vivos, de Alfonso Gota

Huérfanos de padres vivos (IV)

Cuando descubras la mirada perdida de un viejo
en el rostro limpio de un bebé,
comprobarás que sabe de su soledad.

10) No último, de Alberto Caffarato

Temperaturas

Nací caliente
de niño fui templado
de joven me entibiaba y daba gritos,
un hombre hoy que se ha sabido frío
y que será un anciano helado.

Pero en los pasos
calor y fuego siempre

los brazos esparcidos

11) Poemas a pesar de mí mismo, de José Elgarresta

Las costas de Citea

A golpes de silencio
abriré las puertas de la luz
y cuando naufrague la mañana
zarparé hasta las costas de Citea,
donde me espera la familia que no pude tener,
pues ellos partieron antes que yo pudiera
encontrarlos.

¡Oh, padre mío! ¡Oh, madre!
¿Qué es la vida sino un hogar desesperado
en busca del puerto que abandonamos en la infancia
sin conocerlo siquiera y cuyo nombre antiguo
se sumergió en nuestro pecho para siempre?

12) El ángel triste, de Ángela Pérez Ovejero

El ángel triste

No supe nunca si a él se le congelaban las lágrimas
cuando oía el tren.

La laguna tiene casas rojas y amarillas.

Los campos se movían danzando,
se escondían,
vigilaban con sonrisa anónima.

Un día vimos lirios y amapolas desde el fondo de las
aguas.

Había también limo verde:

algunas barcas nos miraron besarnos.

No sabré nunca si en el país de la ausencia hay
trenes, espejos o barcas.

13) Laberinto de derrotas y derivas, de Miguel Argaya

Laberinto

Se diría que nada concluye en estas páginas;
y sin embargo todo nos empuja a seguir,
como si fuera cierto que es posible
alcanzar el esquivo umbral del horizonte,
allí donde se cruzan la noche y su reflejo.

14) Reclamos y presencias del advirtiente, de
Antonio José Trigo

IV

Perseguidos del sol que arde el camino,
afrentamos los cuerpos cada día en los cuartos
más dudosos, para desplegar la ceniza memorable
que en el mundo son los que se aman.

Las grietas de los muebles se llenan de horas antiguas,
mas sólo aquel fuego que convoca al fuego no duerme.

De aquí, de este lugar gozado a mares
en donde nos vemos salir y entrar a la luz
como aire que a otro aire sube,
¿quién nos va a sacar?

Vamos, ven, vamos a entrar en nuestro lugar,
cumplirlo, antes de que llegue la noche
con su despoblación,
ahora que todos los sonidos han cesado,
¿No oyes que todos los sonidos han cesado?

15) Asceta, de Alfonso Berrocal
2ª edición

Patio

Por todos los patios de la ciudad
hay un nombre de suicida escrito,
un sepulcro de trastos viejos
más abandonados
cada vez que alguien enciende alguna máquina.

Me duele el gemido de las poleas
que mueven esa sábana
como una señal de enorme rendición.
Todo el mediodía es un olor a guiso amargo,
nadie ve la lágrima en la taza sucia,
nadie la cuchara de siempre,
por fin se calma el llanto del niño
y en otro piso
hay una mujer con forma de gotera.

Esta noche llegará con el cansancio,
crujirán puertas y persianas,
y la madrugada se revolverá en el agua
de la última bañera que se llene.

16) Cincuenta días un verano, de Kike Torres
Infantes

Amor fugaz

Cuando contemplamos una estrella fugaz,
dicen los que saben, ya está muerta.
Extraña circunstancia
contemplar la muerte de la belleza.
Una cruel paradoja
Morir antes de morir
Ofrecer una estela de muerte
a los afortunados.
¿Será así el amor?
Lo contemplamos y ya está muerto.
Puede que sea recomendable y preventivo
no querer atrapar la estrella con la manos
por si se desvanece.

17) Todas direcciones, de José María de la Quintana

Todas direcciones (Fragmento)

...Primero vinieron las piedras
y con ellas las lluvias
el río interminable
la madeja suave y transparente
después el mundo vegetal depositó sus hojas
algo anunciaba sobre ellas lo dulce
la madre receptora tenía cinco dedos en cada
anillo
ella trajo la noche
y el vino
y el amor...

18) Una honda copa de tinto, de Mills Fox Edgerton

Una honda copa de tinto

Diciembre...

Atardece...
fuego
en la vieja piedra del hogar,
capítulo diez,
queso manchego
y una honda copa
de tinto.

19) Risa bajo el ombligo, de Julio Santiago
4ª edición

Rana

La princesa besó al sapo
y éste se convirtió en príncipe.
Yo he besado a la princesa
y me ha salido rana.

20) Ética del silencio, de Ernesto García López

3

De sombra se hace el pan
y el meteorito.

De altitudes el aire
y el jíbaro.

De silencios la esfinge
y el claroscuro.

De palabras la nada
y el mar.

21) Umbral y luz, de Ángela Pérez Ovejero

Edificios borrosos

Vivimos en aquel mar imaginado:
la niebla borra siempre la ciudad.
Los edificios tienen formas de cruces de
carreteras,
animales estáticos, ecos que retumban los oídos.

22) Poesía (2405-2000), de José Elgarresta
2ª edición

A la muerte de mi madre

Querida amiga.
Si no somos dioses
nada es suficiente,
nada es amable,
y entonces convendrás conmigo
en que es inútil sonreír,
y, a pesar de ello,
sonrío y amo y peleo cada segundo
como un boxeador borracho.
Querida,
querida amiga,
cuándo nos volveremos a encontrar
en la galería de los signos,
cuándo aprenderemos a amarnos
sin nada más que el vaho de una respiración
en el invierno de la pregunta.

23) Pentagrama sin pájaros y Las glosas del Oscuro,
de Salustiano Masó

Eyes on the ground

Aquí hay un perro desesperado vivo.
Una lágrima, allí, rabiando de hambre.
A muchos los fusilan ya en el útero.
Luego sólo sus ojos tienen voz.

Aquí hay un tenedor pinchando odio.
Cristo con su martillo y su paloma.
Pero la hiel es nuestra salsa verde.
Sobran cuchillos para repartirla.

Sobran cuchillos. Ojo con la yema
delicadísima del dedo, amor.
No nos vayamos a cortar ahora
que ya no quedan vendas en la tierra.

24) La última gota, de Mills Fox Edgerton

Exprimo bellas
naranjas mas el zumo
es de limón.

25) Los prodigios, de Beatriz Cort

Mi gozo de vivir

Mi gozo de vivir es como un vino
que apacigua mi sed y enciende mis deseos
haciéndome hermana de todo lo existente,
siendo yo criatura única, irrepetible,
soy al mismo tiempo todos ellos.

Es como si viviera en varias dimensiones
del ilusorio tiempo.

Soy a la vez:

Mujer, árbol, flor, paloma, insecto,
salamandra y mirlo, geranio
y enamorado viento pasajero.

26) Todavía la nieve en la palabra, de Antonio Marín
Albalate

Estival memoria

Acaso sea la nieve en mi memoria,
Una ventana abierta a la belleza
Donde tan peligroso resultaba asomarse.

27) Sal, de Sergio Rodríguez

Cable

Te esfuerzas por borrar el rastro de lágrima
que mis palabras han dejado en la mejilla.
Para ello aplastas el teléfono contra tu oreja
como una concha de tempestad severa,
pues aunque tu voz tiemble aún te reservas
la dosis de ilusión, de no querer creer,
la sabia ingenuidad que el dolor vendrá a amputar.
Te despides lanzando un beso que también se
perderá,
como los otros, en los kilómetros de cable que nos
separan.

Somos la prolongación de una línea telefónica,
la angustia de un timbre que no llega y el absurdo
de palabras anudadas sin mirada ni silencio.
Podría hablar de cuerpos rotos, de ausencias y
promesas,
de la vibración que no es tacto. Y sin embargo
sólo pido al cable el coraje suficiente para silbar
la frágil melodía de la distancia, y acercarte hasta mí
antes de enfrentarme la juego sin reglas del
recuerdo.

28) Pregón de trascendencias, de Miguel Argaya

Celebración

Nos has dado a beber la vida y la esperanza,
el día, con su lumbre y su misterio,
la certeza simiente de que se vale el siglo
y nos embriaga a sorbos con su pasión morosa.
Nos has dado a probar el cáliz del asombro,
aquella Navidad antigua que nos dice
y que dice las cosas, y hasta su propia muerte
como hálito de verbo enamorado.
Nos has urgido a ser, y en ese don,
como si un solo instante contuviera
en sí todos los días, y hasta todas sus noches,
nos has dado a beber un vino que enloquece.

29) La partitura, de Vicente Cervera Salinas

Desencuentros

Llegar cuando me iba.
Prometía intensidad con su mirada.
Mis maletas aguardaban.
Acostumbrado estoy a estas desdichas.
Ya sólo me pregunto
hasta cuándo durarán
y hasta dónde punzarán.

30) Madrid Versus Biedma, de Juan Carlos Martínez
Manzano

Allí

En el Ateneo de Madrid
hay un despojo de luz antigua
que se alza hasta nuestros hombros.

El aire está envuelto en una sábana de Cuixart
y del techo se desprenden
los viejos andamios
del final de una fiesta,
que nunca llegó a celebrarse.

31) Del otro lado, de Pedro Jorquera

Un solo Dios: un solo nombre
que por estar siempre nombrándose
no se oye, por ello, y con Él
podemos nombrar todos los otros nombres.
La longitud de este Silencio
se pierde en sí misma, se hace
más y más silencio,
porque la Onda alcanza, pero no toca,
ni roza, y sigue, y sigue.

32) Antología poética, de Emilio Prados

Caminante del sueño

Por el camino del sueño,
campo y huerto.

(Junto a la alberca, el jazmín
se enreda al ciprés del huerto.)

-¡Mi campo! ¡Morir allí!...

(Al pie del maestrazgo en flor,
¿seguirá el agua corriendo?)

-¡Mi campo! ¡Morir en ti!

Campo.
Campo y huerto,
por el camino del sueño.

33) Lunas hienas, de Bruno Galindo

Norte, Sur, Este y Oeste

Luna hiena de Abisinia
Pliegue en el desierto de la carroña y las cenizas
Por encima y por debajo del nivel del mal
¿Crees que me estoy santiguando?
Sólo saludo
A los puntos cardinales

34) El frío viento, de Mills Fox Edgerton

He vuelto a Madrid
ocultándome ayer
a mí mismo
la secreta esperanza
de un alba nueva,
un mediodía nuevo,
un nuevo atardecer ...

Hoy Madrid
ha amanecido
gris
y ahora atardece
entre insistentes
ecos
de antaño...

35) Culpable de milagros, de Montserrat Doucet

Tú

Alguien me abraza desde el otro lado,
orilla clausurada de la noche,
y no eres tú.
Pero tiene el aroma
sin tregua de tu origen,
con su boca de césped sobre mí.

Bosques de sólo niebla
le preceden entre mi noche,
y sus manos no son sólo sus manos,
y no eres -y eres- tú.

36) Estado de sitio, de Antonio de Padua Díaz

Uno se queda más solo que la una,
como dice la gente del pueblo
que de esto entiende.
Recuerdo que bajando la escalera
me paraba en el rellano
a ver las bragas de tu vecina por la ventana;
esos encajes negros y blancos,
esos elásticos finos de frío raso.
Y ahora, ni tú ni la vecina.
Siempre añoramos lo que perdemos,
siempre buscando aquello que nunca tuvimos.

37) Cadena perpetua, de Pablo Méndez

Niña y otoño

Las niñas bajan despacio la cuesta.
Mi hermana no pudo ir al colegio.

En un banco se besan dos adolescentes.
Mi hermana no pudo amar a nadie.

El otoño ha vuelto y ensucia las calles.
La tumba de mi hermana se llenará de polvo.

38) Las noches y los días, de Luciano Priego

Tristeza de las seis

Son las tardes de los jueves
secretos desnudos, desalientos
junto al borde de tu cama
cubierta por la blanquecina piel

y las sábanas de seda, abandonos
en las horas cercanas del mediodía
por los bancos enmohecidos del parque
o en los salientes de las cornisas

devastadas por las lágrimas verdecinas
de las farolas que pican como palomas
los baldosines grisáceos de las calles.

39) Algario, de Daniel Astur Vega

Niños marítimos

Niños marítimos, náuticos, vísperas
de hombres de mar,
los veo con huesos buceantes, las olas
los mecen.

Ahora son playa, remolinos sin pausa,
hélice y savia,
titanes inventores de mareas.

Aun sin saberlo navegan charcas,
componen la música,
en su mapa está inscrito el vapor
y la brisa.

Pues ellos piensan la mar
y la mente del mar ya los piensa.

40) Los oráculos, de Guillermo López Lacomba

Los nombres

Y bien pudiera ser
que tras esta larga noche inacabable,
nada hubiera.

Detrás
de estas sombras imprecisas,
de este fuego, de estas ascuas,
de esta luna
y estos astros encendidos,
nada,
más allá de los nombres...

41) Memoria de una puerta, de Daniel Benito

El reloj

Vivo, y vivir es siempre lo mismo.
La vida es un reloj de manecillas precisas
que giran dando la misma vuelta,
la misma todos los días, todos.
Y un buen día, el mismo de todos los días,
las manecillas, tan precisas, se paran
y entonces es para siempre,
en un punto cualquiera,
en la misma vuelta de siempre.

42) A un río le llamaban Dámaso, de Dámaso
Alonso
3ª edición

No, Dios mío, tú, todo: la ola y la ribera.
Yo, solo, el junco verde que los vientos agitan
en tus orillas grises.
Yo, afirmación delgada
-ah, pero concretísima-, terca en su verde: verde
sobre el gris infinito.
Yo, el Hombre: yo, tu Hombre,
oh tú, mi Dios, mi Dios.

43) Devenir incierto, de Víctor Monserrat

Empezar a ser

Tras el azar de un simple abrazo
los minerales de ayer eterno
se ordenan en lana y sangre
abriéndose paso en los ciclos.

Y desde la nada de lo inerte
hasta el final de los abismos
se regala luz de espacios
a la opción de un viento nuevo,
nuevo sendero,
bagaje de un alma.

44) Me lo llevo puesto, de Tamara Broder-Melnick

Memoria circular

Las madres
llevamos grabado
el pasado
de nuestros hijos.

Cuando los hijos
comienzan
a recordar
el pasado
de sus propios hijos,
las abuelas
comienzan
a olvidar...

45) Tratado de la vulnerabilidad, de José Luis
Molina

Si no hubiera amado apenas sabría andar,
tal día como hoy, escaso de amor
habiendo cuerpo de amante.

Eso me digo mientras gimo la estela
que dejas, dueña, a tu paso perfumado.

46) El viaje de Emile y Paisajes de leprosería, de
Adela Campos

La muerte siempre colma la paciencia

Refugiados en la oscuridad
los ojos insomnes esperan.
Sobre un cuerpo se retorcerá
la carne desabrida,
nada podrá detener
la mano que apuñala,
mas la víctima sonríe.

Salió a su encuentro
porque le faltaba
valor para el suicidio.

47) O todo junto, de Manuel Bosch

Los parentescos

La madre pega al niño.
El niño dice tonta y, por lo tanto,
la madre pega al niño nuevamente.
Pero esta vez lo explica:

que no me llames tonta.

Y el niño va aprendiendo
que el odio fluye de la misma teta
en donde el miedo, quieto, se amamanta.

48) Africano, de José Ramón Huidobro

Sombra (fragmento)

Cargo melancolía en mi equipaje
hace tiempo que no abrazo
sola mi respiración
sola mi voz
solo mi roce
solo mi espejo
solo

Cargo un polizón en mi equipaje
mira con mis ojos
susurra con mi voz
me asusta
solitario como yo
guarda silencio
avanzo envuelto en él

49) Respuesta a Scardanelli, de Pedro Monserrat

Primavera

Me hiero hoy la primavera
con su tersa y limpia piel,
con su cabello joven.
Me provoca su sonrisa
que pasará como la historia.
Me punza su felicidad
que descansará con el fin de los años.
Felicidad para la que yo nací,
por la que aún espero ver su luz.
Vergüenza que murió
y me deja vivir.

50) Flor que vuelve, de Juan Ramón Jiménez

(30 de enero)

¡Tan finos como son tus brazos
son más fuertes que el mar!
Es de juguete
el agua, y tú, amor mío, me la muestras,
cual una madre a un niño la sonrisa
que conduce a su pecho
inmenso y dulce...

51) Huellas, de Sandy García

Adivina adivinanza

Dentro de un pez existe un pájaro
dentro de un pájaro existe una tortuga
dentro de una tortuga existe un lince
dentro de un lince existe una ciudad
dentro de una ciudad existe un ser humano.
¿Y qué existe dentro de un ser?

52) África para sociedades secretas, de Bruno Galindo
(Premio Rafael Pérez Estrada)

El África de cada alma

El cangrejo en el fango
La máscara en la maleza
El agua que se estanca
La vida que se agita
El beneficio de la duda
El África de cada alma

53) El largo andar tan breve, de Daniel Casado
(Premio Ciudad de Mérida)

Homenaje a Blake

Pregunta a aquel que habla solo.
Aquel en cuyas manos gimen
los colores de la alucinación,
las estepas grises del sueño.

Pregúntale a él,
que avanza en la noche.

Que trae en sus ojos
la vertical simetría
de los ángeles.

54) Ángeles sin cielo, de Francisco Cenamor

ciudad

donde la luz
ya no nos deja ver las luces

donde el ruido
no nos deja oír cada sonido

donde un gran latido
impide que escuchemos el nuestro

donde hay tanta gente
que ya no vemos a nadie

donde nuestra muerte
está prevista en una encuesta

donde vivo

55) Megalomanía, de Deborah García Bello⁶

Sola
entre la inmensidad
que habla sin conversación.
-Se te cae todo el dinero.
-Hoy se me cae todo.

56) Consonancias de la voz, de Maximiano Revilla⁶

Tanto silencio

Llenan mi agenda
tantos días negros,
tanta soledad roja.

Tantas sentencias de muerte
caminando del grito a la palabra.

Se mueven dentro de mi agenda
tantos recuadros con apunte.
Tanto silencio. Tantas ausencias.

57) Está atardeciendo, de Mills Fox Edgerton

Siempre estás
muy guapo
y vistes
bien—

no se te ven
el pelaje, las pezuñas,
la cola
nerviosa...

58) El último argonauta, de José María Espinar

Breve II

La esperanza
Es un perro pastor
Enloquecido
Que abandona las ovejas
Para cuidar lobos.

59) Versos de otoño, de Gabriel Celaya

Complicaciones

¿Y sin no fue ayer,
si ayer, hoy de repente, como ahora mismo es nunca,
fuera solo un anchísimo espacio
con sus estrellas fieras
comiendo luz, comiendo la alegría barata,
y sonando, sonando
lo que sea, el pretexto del agua transeúnte
y en tonto tan tremendo,
y en hueco tan profundo,
y, ¡oh canto!, que podrías llevarme, mas no arrancas
por culpa de un defecto
pequeño, muy pequeño, pero al fin decisivo?
¡Y si fueras...!
¡Corazón, corazón, qué desperfecto
tan estúpido ocasionas en lo inmenso!

60) Azul de enero, de Juan Manuel Macías

Rosalía

Cualquier ciudad, el gris, la inmensa lluvia
que se lleva el despojo de las horas,
y hojas en blanco, y pálidas auroras.
(Son una las ciudades y la lluvia).

Cualquier ciudad que esconde entre la lluvia
los ojos de los perros vagabundos,
y la hojarasca de imposibles mundos
que rezuma tristeza y huele a lluvia.

Cualquier ciudad me dejará un recodo
para llorar a solas, bajo el lodo
de la vida bastarda y usurera.

Y brizará mi llanto al fin del día,
desde azuladas frondas, esa fiera
dulzura de tu sombra, Rosalía.

61) Señas de identidad. Una selección de poesía belga en francés, de varios autores.
(Traducción, edición y selección de Sergio Rodríguez)

La niña

No juega a las muñecas.

Teje una bufanda de palabras para el pueblo humilde
de árboles que se estremece en invierno.

Extiende frases de hierba tierna para en ellas posar
mariposas, esas flores que vuelan.

Desenreda con paciencia los cabellos de la niebla,
traza una raya...

No juega a las muñecas.
Espera un hijo
más grande que ella.

Un sol infla su mirada.
El hijo es más grande que ella;
ella morirá, seguro,
al nacer el silencio.

Mimy Kinet

62) La curvatura del alma, de Javier Pérez-Castilla

Breves cantos a la noche

Cae dura la noche,
vertical,
como un alma hendida por el tiempo.
Y la desesperación va por dentro,
como un pájaro que te trabaja en la noche.

63) El viento detenido, de Juan Pedro Carrasco
García

Como un río de amor
yo ya te siento en esta vida,
y cuyas aguas son el tiempo
y el calor de tu cuerpo
que todo lo destruyen.
Bajan entre los huesos enredándose
desde las tierras altas.
En el descenso, yo,
derramándome en pasos que persiguen
tu recuerdo
y en sueños a los que la lejanía
cada vez va sumiendo más en el olvido.
En el paisaje de la ausencia
el día y la noche se visten tan de lluvia
que son mosaicos ya descoloridos,
aunque destinten haces de tu luz.
Río de amor: la vida.

64) Ángel de tierra, de Antonio Marín Albalate
2ª edición

Para que yo siga escribiendo

Mi padre mira a Poniente,
Desde su honda paciencia de pan
Y pobreza.

Y, por si fuera poco, con
Cierta miedo a que se anuncie la víspera.

Mi padre, como una curiosa costumbre a cumplir,
Afila un ya corto y lamentable lápiz de pena,
Cada ocaso.

65) Canto a la divinidad, de Jesús Ayet

ME ACOGES

en el seno partido en dos mitades
como fruta madura y con las manos
ofreces alimento y me alimentas
de tu cuerpo frutal, y en el regazo
que se forma al comer crece mullida
la hierba; en el crepúsculo se ocultan,
sobresalientes si nos acercamos,
nuevamente los sueños: despertamos.

66) El sol tras los ojos, de Vicente Aquilino

Hay gran mar en el desierto
Gran luz tras los cerrados ojos
Gran amor en la renuncia
Gran acierto en la duda
La mejor nota en el silencio
Todas las caricias en la piel virgen

Te hallarás cuando ese que te crees
Se haya perdido por completo

67) Derecho de asilo, de José Elgarresta

¡Oh, viento!
Soy tú.
¡Oh, árbol!
Soy tú también.
Cuando muera
nadie notará la diferencia...
Mi amigo Manolo
cierra el quiosco y se va,
su mujer lo espera,
comerá un macizo potaje,
dormirá, feliz, la siesta...
Pero a mí,
que soy viento, árbol,
nocturno útero que en sí alberga
todos los planetas,
a mí,
que soy todo sin darme cuenta
¿quién me espera?

68) Mi corazón os lleva, de Antonio Machado
2ª edición

Allá, en las tierras altas,
por donde traza el Duero
su curva de ballesta
en torno a Soria, entre plumizos cerros
y manchas de raídos encinares,
mi corazón está vagando, en sueños...

¿No ves, Leonor, los álamos del río
con sus ramajes yertos?
Mira el Moncayo azul y blanco; dame
tu mano y paseemos.
Por estos campos de la tierra mía,
bordados de olivares polvorientos,
voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo.

69) Cenit del calendario, de Leandro Sagristá

Sfumato

Una débil neblina cubre, amarga,
el delicado lienzo de los días.

Se adormece el color tras el insomnio
que sucede a los sueños derrotados,
furia opaca mezclada en la paleta
que diluye el talento de los genios,
cromatismo mutado en palidez
por obra de un talento negligente.

Y ese velo que empaña
el brillo que corona la existencia,
son las sombras que arroja
sobre la hermosa tela de los días
con una despiadada ingratitud
inherente al vigor de su destino
la encallecida mano de los hombres.

70) Homéricas, de Javier García Cellino

Llevabas puesto el vestido
de los domingos,
y en las manos un puñado de rosas
para hacer frente al otoño.

Quien te viera pasar así,
hinchida de satisfacción
pudo llevarse una sorpresa.

Mujer de seda
en tantas ocasiones,
merodeando por los alrededores
de la guerra.

71) La progresión del vacío, de Nacho Albert

Ahora tú, corazón,
que tanto te entristeces
en el nublar estrecho del páramo
y frente al espejo de la conciencia
te desnudas,
late deprisa
como si nacieses veinte veces
y devuelve la vida
donde el tajo.

72) La luna roja, de María Rosa Tamayo

¿Quieres venir conmigo? De la mañana te ofreceré
sus lágrimas, al atardecer mi dulce melancolía pero
llegando la noche iré hacia ti y sentada en el suelo
apoyaré mi cabeza en tus rodillas, comprenderás mi
silencio y lo amarás.

73) Mi voz enajenada, de Juan Polo Laso

Mujer con ramo de flores (Picasso)

De cenizas y viento ya olvidado
amanece turbada, acogedora
la mujer. Y ya es luna que atesora
la claridad y el gesto deslumbrado.

La mano le florece en el costado,
y la torpe mirada retadora
suavemente se endulza y rememora
la tibia soledad que había engendrado.

Los gladiolos se asombran de la nieve,
mientras surge la casta primavera
que estremece de verde la espesura.

A levantarse casi no se atreve,
una brisa recorre la frontera
y la dama retoca su figura.

74) Al fin enfrente, de Guillermo López Lacomba

Invenciones

No sé qué se me olvida y qué recuerdo.

¡Seguramente, todo lo inventé!

El sauce y el ciprés, la higuera y el manzano.

75) Pie de druida, de José Ignacio Serra
II Premio de poesía Rafael Pérez Estrada

Árbol raquítrico

La estética nipona del Bonsái
logra obtener del árbol poderoso,
trasplantado a la ciudad de aire en conserva,
aherrojado en espirales de acero dolorosas,
comprimido en los alambres del horror
su crecimiento, una belleza enana
que conviene
a toda sociedad bien ordenada;
ese grito de savia retenida,
ese dolor enroscado en sus entrañas:
metáfora perfecta
de nuestra educación insane y necesaria
para aceptar alegremente la locura.

76) Ahora si que podéis salir al recreo, de Jorge Martín

Día de resurrección

había logrado pasar un par de días
relativamente buenos
logrando dar esquinazo a los ataques de ansiedad,
los de pánico, la depresión, el histerismo
y las ideas de matarme.

al tercer día, resucité de las siesta y el horror
estaba
de
nuevo
esperándome
ahí.

llevaba su gran abanico blanco desplegado.

me sonreía.

77) Oráculo de la amistad, de José María Herranz

22

Haz el amor, hijo mío.

El cuerpo de ese hombre tiene planetas escondidos capaces de albergar tus tesoros y brindarte compañía. Ábrelo con tu cuerpo.

El cuerpo de esa mujer tiene llanuras donde descansar y campos fértiles y lunas enigmáticas. Ábrete con su cuerpo.

Y vibra en el amor de dios cuando ames a cualquiera.

78) La sal de la vida, de Alberto Infante

No recuerdo

No recuerdo bien qué hice o dije,
o, más bien, qué dejé de hacer o de decir.
Recuerdo, sí, tu llamada nocturna
y, siendo como eres, orgullosa,
el cálido, cercano tono que empleaste.

Y, también, que me dormí pensando
qué más habrías dicho, o hecho,
o, al menos, intentado, si aquella no hubiera
sido tu postrera noche en la ciudad,
si yo no hubiera colgado tan deprisa.

79) Decantaciones, de Ricardo Lobato

mi almanaque
sin
sutura
otro
charco
desollado
por el sol
moliente
de otro
día

80) Mar de bronce, de Carmen Conde

Yo no te pregunto adónde me llevas.
Ni por qué.
Ni para qué.
¿Tú quieres caminar? pues yo te sigo.

81) La paz a ti debida, de Carlos Ávila

Tenemos que amar,
desamarrando las cuerdas
que nos sujetan presos,
decirlo todo,
alto y claro
para que el oscuro se ilumine,
amando, amando,
hasta que el guerrero se diluya
y quede libre el cuerpo de la vida.

82) Cantando a la primavera, de Walt Whitman
Traducción de Concha Zardoya
6ª edición

Mi legado

A ti, quienquiera que seas (bañando con mi aliento
esta hoja para que crezca, oprimiéndola un
instante en mis manos vivas:

—¡Toma! ¡Mira cómo me late el pulso en las
muñecas! ¡Cómo dilata y contrae la sangre mi
corazón!)

Me ofrezco a ti, en todo y para todo; me ofrezco a mí
mismo, con la promesa de no abandonarte
jamás,
de lo que doy fe firmando con mi nombre.

Walt Whitman

83) Huele a mar y fueras tú, de Carlota Vicens

Ayer

Por ti llego a la noche y me proyecto
hacia la luz que espanta que redime
que bebe sorbo a sorbo nuestras almas
sorbo a sorbo despacio nuestros besos
qué buscan en océanos de tiempo
qué buscaron en ti, de pecho bravo
y de querer oscuro confusamente
buscaron y era tarde, qué querían,
la sombra en tu cintura, tu cintura
de algas en mí enredándose, latiendo,
tu cuerpo que recorro hacia la noche
sabiéndolo tan mío entre las sábanas
como fue aquel verano de mordidas
estrellas: como entonces tibio, amargo
de almendras dulces, cuánta luz en torno
y te alejabas donde si ya mío
dónde si en mí te alojas o te busco.

84) La infancia en las hullas minerales, de Daniel
Astur Vega

Antepasados

Dormían entre hojas con luceros por almohada.

Tenían el cabello arborescente.

Sobre roca tallaban perfiles y vientos.

Buscaban alimento en las mareas.

Llegaban al confín de su existencia extasiados.

Ahítos de naturaleza.

Sin melancolía.

Sin espinas en el corazón.

85) La vanidad de la ceniza, de Rafael Montesinos

Como la brisa

Todo esto pasará, como la brisa
va borrando las dunas por la playa.
No quedará de mí ni esta brevísima
tristeza en la que envuelvo mis palabras.

¿Pero, acaso, no vine para esto?

(Entristecido, voy cerrando mi vieja
estilográfica).

86) Las puertas del tiempo, de Jesús Javier Lázaro

Sobre el muro la nieve
tiene el esplendor de las flores.
Hay pájaros que picotean luz.

Arrancan el corazón al día.
Queda tras el tiempo,
la excitación de árbol a la llegada
de la primavera, su palabra.

Al despertar se deshace la sed.
No recordamos lo que fuimos.
Es la fugacidad.
Yo toco su pupila delante de las cañas.

Y mis noches ¿Quién las guarda?

87) Travesía encendida, de José María Gómez
Valero
X Premio de poesía Ciudad de Mérida

¡Agua! rogó el sediento.
Y al instante
lo colmaron de agasajos,
de medallas,
de aplausos,
de vítores.
¡Agua! ¡Agua!
fue lo último que logró decir
el agonizante.

88) Cría del ser humano, de Julio Más Alcaraz

Palabras

A veces las torturo
con mis propias manos.
O no las termin
O les ago faltas.

También copio versos ilustres,
los acomodo en bocadillos
y me los como viendo el mar.

¿Acaso las palabras,
amores forzados
como entre familia
no merecen saber
lo que la vida es?

89) Llamarse Abril, de Laura Gómez Palma

La distancia

Se ha filtrado el día
por el hueco entre tus labios

te has bebido el sol
tan lentamente

Y te has quedado velando
la distancia

que separaba el aire de las nubes

que unía el mar con el desierto.

90) De todo lo que no se pierde, de Maximiano
Revilla

Absurdos de la calle

La calle vuelve a ser hoy,
el sólido diseño
de esta cabeza nuestra
tan turística siempre,
tan transitada de mañanas:
de vidas que acuden y esperan
la llegada de esos últimos metros,
que vienen tan puntuales
y nos llevan tan deprisa al olvido.

91) Astronomía en verso, de José María Espinar

Los plomos

Se ha ido la luz, cariño,
vayámonos a tuestas a la cama.
Deja que allí te desnude a oscuras,
que te descubra las cosquillas.

Da igual que sea mediodía,
en mi entrepierna ya hay estrellas.
Quiero hacerte el AMOR a ciegas
como si te estuviera soñando...

92) Marisma de mí, de Sebastián Fiorilli

sistema

buenos días
regulares tardes
pésimos meses
¿años estupendos?
lustros semidesnudos
décadas violadas
en fin
siglos de mierda

93) Bolsos de mano y otras pertenencias, de Ana
García Cejudo

Coitus post mortem

Cuando te acuestas conmigo
Y gritas otro nombre
Me hago la sorda

Esto es estar
Horriblemente sola

Cuando me acuesto contigo
Buscando a otro
Me hago la muda

Esto es estar
Terriblemente ciega

94) El retrato, de Alberto Escarpa

visiones

Desde esta costa donde he hablado
en su misma claridad sola
he visto al fin tu cuerpo detenido
sonámbula en su propia ya lejana morada.

Desde la costa descendía la luz hasta las islas
donde el aire era más denso que tú
donde tú eras otro cuerpo
consumido en el aire.

95) Ecos, de Mills Fox Edgerton

La última parada

Cristales grises
de la marquesina,
las demás vías
vacías,
últimas sacudidas
del tren que para,

me bajo
solo
al andén,

no me espera
nadie...

96) Salvo de ti, de Francisco Caro

Cierta

Cierta vuelve tu voz
a nuestra casa
arma y anhelo
heptasílaba huella

vino
por el Guadalquivir
de un albor de salinas

mira
desnuda como sube
en busca de los altos corredores.

97) Rimas, de Gustavo Adolfo Bécquer

LXXIX

Una mujer me ha envenenado el alma,
otra mujer me ha envenenado el cuerpo;
ninguna de las dos vino a buscarme,
yo de ninguna de las dos me quejo.

Como el mundo es redondo, el mundo rueda;
si mañana, rodando, este veneno
envenena a su vez ¿por qué acusarme?
¿Puedo dar más de lo que a mí me dieron?

98) Tu silencio a voces, de Paloma de Rueda

Equivocarse

No es vergüenza la caída,
la letra mal doblada, el balbuceo.
Si se ha de nacer tan frágil,
tan desnudo,
no es vergüenza ser mañana.
Si florecen
tiernas flores al alba,
si se avanza,
y hay tortugas afanosas en los peldaños
si se inventa, si se crea, si se admira
no es vergüenza, para nada,
equivocarse.

99) Zapatos de andar calles vacías, de Raúl Nieto de la Torre

Si muero joven

Si muero joven, si me falta el tiempo necesario... pero ¿quién no muere antes de lo previsto? Si me pierdo en el camino, si no hay camino para perderse... pero ¿quién se vuelve a estas horas a casa? Si no hay casa... pero ¿quién no se ha vuelto hacia el pasado alguna vez? Si el pie se ha hundido y no es en la tierra... pero ¿quién camina por esta tierra? Si me muero joven, si se me cae la vida de las manos... pero ¿quién no ha muerto joven a manos de su propia sombra?, ¿quién no ha esculpido un sueño sin encontrar la piedra en que esculpirlo?

100) El ruiseñor y tú (Antología abierta), de José
Ángel Valente
Prólogo y selección de Alberto Escarpa

DE TI no quedan más
que estos fragmentos rotos.

Que alguien los recoja con amor, te deseo,
los tenga junto a si y no los deje
totalmente morir en esta noche
de voraces sombras, donde tú ya indefenso
todavía palpitas.

(Proyecto de epitafio)

101)El tiempo es todo mío, de María T. Cervantes

ESTA secreta desolación.
Este desierto atroz que no me deja.
Me lancé a caminar sin saber hacia adónde.

Era junio, recuerdo, pudo ser otra fecha.

Alguien lloraba en mí
y yo huía de mí.
Me hablaron de un regreso a plazo fijo,
de una luz, de una tarde, de una orilla,
de un límite impreciso en el espacio,
de algo que se prepara y se desvía.
Y así, hasta dar la espalda
a todo cuanto existe.

102) Despliegue de enveses, de Fernando Alonso
Vega

Despertar

He despertado junto a ti
ausente tú
te he recorrido
con temor a olvidarme
de laberínticas veredas
tú en desperezo
he dejado sonar tu nombre
alargándolo
mimándolo
deteniéndome
por miedo a equivocarme
tú ya en el camino
yo ya en el olvido

103) Estado carencial, de Carmelo Sánchez Muros

Deseo inane
que la mujer sepulta.
Nadie alcanza el secreto
del motivo del alba.
Nadie arriba a tu ser.
Las miradas indagan
y pasan como peces
que la corriente lleva...
Noche voraz
en que la sombra oculta
los colmillos de hielo
que devoran tu alma.
Mientras la fiesta avanza,
el corazón se hunde
en la marea
de los rostros anónimos.
Danza y la ves; la miras;
la deseas.
Nunca manche tu frente
este dolor intacto.

104) Diario de ruta, de Alberto Infante

Un solo poema, uno solo, capaz de decir, de
abrasar, de inocular –afilada inquietud, herida
inmensa– capaz de decirlo todo y extirpar (cirujano
cruento) de una vez y para siempre,
esta absurda,
inclemente
obsesión
por las palabras.

105) Grito de alcaraván, de Jacinto Herrero Esteban

Inicial

Redimir el pasado
esto pretendo.
Tenerlo junto
entre las manos,
libre de escoria,
y poder ofrecerlo
como la rosa a una muchacha
o como la amistad
bebiendo se comparte.

Palpitará en mi mano
lo remoto y lo vivo
en la sola palabra
que fulgura un instante
y ya no existe.

106) Las vías sin fin, de Eduardo García López
(Premio Voces de Chamamé)

Paladar del deseo

De entre tus senos creció un río
justo entre mis labios,
paladar de dioses
que entre tu vientre y el mío
besar es un mar que ahoga el deseo.

107) Pasaje hacia la luz, de Leandro Sagristá

La rosa negra

Ha brillado en tu rostro, replegada,
lentejuela fugaz, la rosa negra.
Prieta en la redondez de su corola,
cerrada en el anillo de su noche.
Con mi lengua de fuego he mancillado
la doncellez abrupta de su dermis,
la secreta unidad de sus escamas.
He bañado su tallo en mi saliva
para que entre mis dedos floreciese.
Desflorada en mi honor la rosa negra,
de par en par abierta ante mi nombre.
El lunar redentor sobre tus labios,
negra seda lustral
en tu piel blanca.

108) Altibajos, de Mills Fox Edgerton

Todas las cuerdas
de mi lira
están rotas
menos ésta...

109) Los poemas de Alberto Caeiro, de Fernando
Pessoa
Traducción de Ángel Crespo
2ª edición

SOY un pastor de rebaños.
El rebaño son mis pensamientos
y mis pensamientos son sensaciones.
Pienso con los ojos y con los oídos
y con las manos y los pies
y con la nariz y la boca.
Pensar una flor es verla y olerla
Y comer una fruta es conocer su sentido.

Por eso, cuando un día de calor
me siento triste de gozarlo tanto,
y me acuesto en la hierba a mi placer,
y los calientes ojos cierro,
siento todo mi cuerpo acostado en la realidad,
sé la verdad y soy feliz.

110) Sedemas, de Julio Prieto

Bisiesto
de libros

Murmuro, releo
fechas

Hay que guardarse

Hoy
hay
rumores de hojas.

111) Las propiedades del cristal, de Sergio
Rodríguez
(Premio Rafael Pérez Estrada)

(el amor enfermo)

Guardas tu aroma
en cápsulas pequeñas
como gotas de cristal
que estallan sobre mí
con la lenta constancia
del suero encendido.
Revives la elegancia
de mis manos temblorosas
cuando engullo tus pupilas
como dos pastillas negras
que consigo suplicando
clandestino y sin receta.
Me tomo el pulso a tu paso,
calculo mis convulsiones
de gozo aséptico y escucho
tu diagnóstico sereno:
la enfermedad es el amor
y el deseo, sólo un síntoma.

112) Poeta en Nueva York, de Federico García Lorca

La aurora

La aurora de Nueva York tiene
cuatro columnas de cieno
y un huracán de negras palomas
que chapotean las aguas podridas.

La aurora de Nueva York gime
por las inmensas escaleras
buscando entre las aristas
nardos de angustia dibujada.

La aurora llega y nadie la recibe en su boca
porque allí no hay mañana ni esperanza posible.
A veces las monedas en enjambres furiosos
taladran y devoran abandonados niños.

Los primeros que salen comprenden con sus huesos
que no habrá paraíso ni amores deshojados;
saben que van al cieno de números y leyes,
a los juegos sin arte, a sudores sin fruto.

La luz es sepultada por cadenas y ruidos
en impúdico reto de ciencia sin raíces.
Por los barrios hay gentes que vacilan insomnes
como recién salidas de un naufragio de sangre.

113) Silencio... se vive, de María José Pérez
Grange

Me tropiezo contigo
cada vez que el día sale.
Cada vez que el ruido muere
y –en la calle–
un amor de dos
desconoce el frío
y las horas.
Estás ahí,
enredado en el silencio,
y no te puedo ver.
Pero te llevo tanto conmigo
que ya no es
una sola voz
la que respira,
ni un alma sola.

114) Que en limpidez se encuentre, de Antonio
Daganzo Castro

El más grave error de quien olvida
es creer que el olvidado hará lo mismo.

Imagino, pues, tu rostro,
su expresión de sorpresa
o más bien desconcierto,
o mejor ira sorda,
al saberte vencida en la batalla,
que al muerto que mataste
aún le resta podredumbre de amor
para vivir.

La nota has recibido,
qué tal, qué haces, cómo sigues,
esencia de victoria y destrozado,
soy feliz.

115) El fuego del instinto, de Mariano Valverde

Pereza

Levanto la persiana. Entra la luz
y observo que tú ya te has marchado.
Hoy la tormenta cae sobre la sed del huerto,
en los tejados viejos, las calles asfaltadas
y entre las hojas grises de mi árbol.
Cuesta empezar el día en puro otoño,
colocar el pijama en el ropero
cuando la noche deja sus lágrimas de cuarzo
colgando por las venas.
Tu ausencia une el tendón de la nostalgia
con el hueso profundo del dolor
junto al flácido músculo vital.
Y tengo que afrontar la nueva luz
como otro fugitivo de la noche
al que de esperar tanto para verte
le salen agujetas en el alma.

116) Catástrofe de palabras, de José Villacís

El niño

Desde un teléfono inalámbrico
te llamo, a la gruta de caramelo
de tu madre.
Útero feliz,
cosmos de amor,
y te digo
que soy tu abuelo.

Hace tiempo,
también llamé a tu madre
desde la gruta feliz
del vientre de la madre de tu madre.

Querida niña,
cómo estás ¿llueve por allí?,
no tienes frío.
Grutas engrutadas de armiño
te protegen.

117) En don de vuelo, de José Luis Fernández
Hernán

El otro día por la mañana un ángel de aire estuvo luchando con uno de los bueyes de Monegal. Fue una lucha hermosa. Duró dos o tres minutos. El buey se defendía cabeceando, sus cuernos semejaban oboes. La lucha cesó inesperadamente como había comenzado. Yo estaba allí por casualidad. Durante unos instantes el buey apuntó con el belfo las nubes. Luego se acostó. Me acerqué a él y estuve mirándolo cerca de media hora. Mirando su mirada. Vi pasar nubes, un ángel blanco, vi el mar. Luego me fui a casa tranquilo.

118) Los cínicos versados, de José María
Milagro-Artieda
(Premio Provincia de Guadalajara)

Horizonte de sucesos
(fragmento)

La anécdota no importa: que el sol renazca hoy
o descienda la sombra, que el ave vocalice
en la armónica escarcha de las ramas,
las plumas fracasadas de pureza,
tanto color con menoscabo de ser primero
y bruscamente alcanzar un retorno imposible,
repetido a trompicones de sí mismo,
imposible.

Los días se defienden, tan ligeros de ardor,
apasionados por nada,
rebotan y dan tumbos hasta hundirse
en nubes de un áspero presagio
—extraño el sumidero que recoge el momento—;
no existen cumbres, los lagos ya callaron
en el amplio descuido del que escribe.

119) Intrusos en el tiempo, de Nieves Álvarez
Martín
(Premio Vicente Martín)

Aprendices del tiempo, las distancias
se fueron agrandando
por todos los rincones de la tarde.

Un árbol centenario dejó de respirar
y entre las notas tristes
de un solo violín
se ocultó para siempre su mirada.

Mañana será tarde
-eso dijiste-
es cierto, ahora lo sé.

120) Entre aguas, de Begoña Montes Zofío

Ella

no saluda.
Rodeada de invisibles
con cada toque de proximidad
tiembla.

Él, perdido frente a ella,
no habla, no escucha, no ve.

121) Libro de Oc, de Carlos Alfaro

Primera

Os lo aviso:
todo lo que hacéis,
lo que decís
y lo que pensáis
es falso.

Estáis equivocados.
Lo alto de lo alto de lo alto
es el cimiento.

122) La habitación del huésped, de Alfonso
Berrocal

SÉ que ha entrado un pájaro en esta casa
y no era espíritu sino silencio del patio.
Ahora en mi casa está presente el pájaro
que se pierde en las grandes migraciones,
ese pájaro de los presagios y a veces del olvido.

123) Las versiones del tigre, de Ángela Álvarez Sáez

el tigre ha despertado

un segundo tigre se mira en el espejo
que está dentro de la boca del primer tigre

no reconoce su rostro
tampoco reconoce sus versiones

el tigre tiene en sus pupilas un entramado
de tradiciones, sonetos, rituales, metáforas e
historia
que no recuerda

el tigre sale a la caza de un comienzo de siglo

124) Haiku a la hora en punto, de José María Prieto

sobre una bici
padre e hijo demuestran
ser uña y carne

125) He aquí que aun me queda el dolor, de
Vicente Martín
(Premio Alonso de Ercilla de poesía)

Hay un balcón de luz donde se asoman,
temblorosas aún,
las primeras nevadas del otoño.
Hay un lago que mira desde el fondo
de su candor de nieve cómo extienden,
mortecina,
su pátina de líquenes los meses.
Hay un viejo pinar,
gondolero de brumas matinales,
donde clava el olvido cada tarde
sus espuelas de niebla.
Y hay un hombre asomado al balcón de sus tenaces
otoños color fucsia, suplicando
la primera nevada que le ofrezca
-en claridades ocres
o en crepúsculos sepia-
la redención a todas las heridas
que han dejado su huella
no sabe si en el viento
o en el mapa perdido de un abrazo.

126) Asamblea de palabras, de Francisco
Cenamor

nueva huida hacia delante

adulto aún joven
treinta y tantos años
busca proyecto ilusionante
para volver a empezar de nuevo
abstenerse los de siempre

127) Puertas mal cerradas, de Juan Pedro Carrasco

Tierra furiosa

¿Habrán tenido paraíso?
Las avenidas
huelen a pegamento.
Abandonados,
aún hoy son abandonados
en la tierra furiosa.
Las fuentes no silencian
nunca sus llantos
ni éstos retumban en los cielos:
los niños, almas tibias
apenas dibujadas
en la pleamar fría de las calles.

128) Más x que un sex-shop, de Jorge Martín

el asesino

el diablo deseaba suicidarse
y el joven se ofreció para matarlo por sorpresa

todo estaba acordado

la misma noche del homicidio
dios sesgó la vida del joven

para evitar
lo que también hubiese sido

su

propio

fin

129) Las noches del cuervo, de Isel Rivero

Fósiles

Un pájaro arcaico
allí dormido
sin bautizo
en el desierto de Gobi
zarandeado por las arenas
grabado en la roca milenaria

Pico virgen desdentado
ala sobre ala impresa
vuelo de volcán
sombra de abubilla

En silencio
postrado en la piedra caliza
pudiste recoger
la flor del loto
que como semilla
hoy florece intangible
al perecer otro milenio.

130) Arritmias, de Francisco Seijo

Tal como dijiste

...todo...

debe ser medido
con el baremo de la

...nada...

Por eso duermo tanto
para así poder apreciar,
en su justa medida,

...todo...

131) De amor tan solo, de Olga Guadalupe

Arte de olvido

Y llaman olvido
a esta quietud que se llena de tus otros nombres
que son los mismos nombres
con más surcos, con más garras,
que se colma de signos, de voces,
llamados a vencer el rigor de tanto silencio,
a torcerle sus férreas líneas al tiempo,
pero que no son
sino su terco aliento,
este desesperado cerco
con que me acompaño de ausencias.

132) Dame la mano, de Mills Fox Edgerton

El lenguaje

Cuando hablas,
detrás de tus palabras
entreveo

chispas
sombras
espinas
rosas

vías
tenebrosas,
lejanías
luminosas...

133) La erosión y sus formas (Antología), de
Pedro Antonio González Moreno.

Hay desvanes que tienen
la cálida extensión de una caricia:
espacios

 que en sus zócalos tienen esculpidos
el verdín y la herrumbre
de unas citas lejanas salpicadas de lluvia
y unos versos que nunca llegaron a escribirse.
Recintos donde el aire se vuelve tan espeso
como la luz cerrada de las despedidas,
como esos gestos mudos que quedaron
cautivos en el fondo de un espejo sin nadie.

 Hay desvanes que tienen
la anchura de los sueños que nunca se recuerdan,
la extensión de un abrazo
que no llegó jamás a hacerse carne;
territorios de olvido
donde ya apenas queda el mudo escalofrío
de una voz habitándolos.

134) Ciudad iluminada, de Juan Antonio Marín

No desean las calles tan sólo movimiento, por eso es necesario crear huecos, remansos para el vino, donde pueda la gente instruirse en el ocio y la contemplación. Donde extraños y propios puedan coincidir, observarse con delicadeza, convivir por el precio de una copa; unos minutos de propina, un tiempo de regalo a las leyes del día.

Convocar esa magia es tan sencillo como acercarse a una barra, y pedirle a la camarera que ejecute su rito para tí. Entrarás en un clan improvisado, en un espacio en blanco que se llena de fuerzas y tensiones, en un espacio único porque, como diría Heráclito, nunca bebes dos veces en un mismo bar.

135) Dedos de hojalata, de Laura Rodríguez
Pombo

Tienes la buena voluntad

Tienes la buena voluntad
de los que no esperan castigo.
Si vieses como veo yo
lo inoportuno de las dudas,
la punzante desconfianza
ya te cuidarías
de engendrar medusas
para que no todos
se bañen en tu mar.

136) Églogas invernales, de César Ibáñez París
XII Concurso de poesía “Voces de Chamamé”

Ha empezado el deshielo.
Estoy oyendo su rumor de fuente,
su suma de crujidos,
la quebradura de sus huesos mínimos.
El sol ha despertado
de su sueño de niebla
y empieza su trabajo de caricias.
Lentamente la luz
nueva restaurará colores viejos,
regresará el olor de las corolas,
la vibración melosa de los élitros.

Tendría que estar bien, casi contento,
pero me noto entumecido y torpe.
Algo está adelgazándome por dentro,
algo se mustia en mí.
No soy capaz de convertir en gozo
esta inminencia clara,
esta proximidad de nacimiento;
pero yo nada importo.
Tan pronto como el hato pise barro
habrá llegado aquí la primavera,
la dulce, la añorada, la recia primavera.

137) El ojo y el tiempo, de Dolors Alberola
II Premio en Castellano Vicente Martín

Enigma sobre el nombre de la rosa

Las orquídeas más blancas de la noche
y las dulces violetas de la sombra.
Lo que muere sin ti, la que te nombra
y al nombrarte a su nada pones broche.
Lo que llega a tu sed sin un reproche
y te ofrece la luz que nunca asombra,
la que vaga hacia ti, la que se escombra
y te inventa en idílico trasnoche.
Lo que tan sólo es, pura, la utopía.
Lo que es, blanco y final, la transparencia.
La que incendia sus tules y te escribe.
La que es música sólo en tu cadencia.
La que espera vaciar, por fin, su aljibe
si la llamas, al fin: la poesía.

138) La memoria es el viaje, de Adolfo Burriel
Accésit de II Premio en Castellano Vicente
Martín

Mi fiel caballo rojo
ama las lejanías,
turban sus alas
la belleza del ángel,
hilos azules cierran
el viejo laberinto,
frágiles vientos
se llevan sus relinchos,

pero cabalga,
igual que la distancia que se olvida
en el ensueño de otros viajes.

139) La memoria es el viaje, de Eduardo López
Pascual

Pero cuando esta historia no exista
y calle dormido el ordenador,
tras la tenue luz y el silencio
de la noche que nos dejamos,
aparece en la memoria,
sobre el sueño y la palabra,
el levísimo peso de estar aquí,
vívido entre nosotros.

Os hablo desde muchos caminos,
aventuras repletas de pasos
inseguros, mientras, todas las horas
se me hacen cómplices
cuando quedo jugando
con los sueños, las esperanzas,
y un paisaje más allá de las orillas.

140) Aquí el mediterráneo, de José Barba

La noria

Una de cal y otra de arena.
Con dolor y alborozo,
pena y dulzura.
La noche pesa como un rayo,
el aire no se puede respirar.
Pero aún así,
y sólo como un niño,
dejo las sombras heladas
para adentrarme
en el calor de tu mejilla.

141) Agua tinta en sangre, de Javier Peñas
Navarro

Retiro

Padre,
huyendo de ser rey,
aclamado por mi pueblo,
al monte regreso
para seguir tu voluntad.
Reclino la cabeza
en el desabrimiento
que anticipa la corona
de mis horas finales.
Mi casa de soledad,
indispensable,
vasta como la tristeza
del mundo, fecunda
como la parra de los débiles.

142) El reino miserable, de Ricardo Labra

Últimas ofertas

Al parecer, en el más allá,
atendiendo a los intereses particulares
en este mundo tan defraudados,
todo es gratuito,
por mucho que cueste
imaginarlo.

Los gusanos, también.

143) Bailarina española, de Rainer Maria Rilke
Traducción de Jacinto Martínez Szene
2ª edición

A menudo anhelo una madre

A menudo anhelo una madre,
una quieta mujer de cabello blanco.
En su amor sólo florecería yo mismo;
ella podría evitar aquel odio salvaje,
que se insinúa glacialmente en mi alma.

Entonces estaríamos sentados juntos;
en la chimenea cantarían un fuego.
Yo escucharía lo que hablasen sus labios queridos
y la paz volaría en torno a la tetera
como una mariposa alrededor de la luz de la lámpara.

144) Cantos de vida y esperanza, de Rubén Darío

Allá lejos

Buey que vi en mi niñez echando vaho un día
bajo el nicaragüense sol de encendidos oros,
en la hacienda fecunda, plena de la armonía
del trópico; paloma de los bosques sonoros
del viento, de las hachas, de pájaros y toros
salvajes, yo os saludo, pues sois la vida mía.

Pesado buey, tú evocas la dulce madrugada
que llamaba a la ordeña de la vaca lechera,
cuando era mi existencia toda blanca y rosada;
y tú, paloma arrulladora y montañera,
significas en mi primavera pasada
todo lo que hay en la divina Primavera.

145) Libro de las cartas, de Paco Moral

Carta 7, 2410

Ese espejismo de tu boca cuando
dentro del ascensor
te bebiste la mía...

Y ese otro de tu pecho
(¿lo sientes cómo late,
su cadencia obstinada
de ochenta pulsaciones?)
cercado por mil telas,
por mil jerséis de lana.

Ese muro textil infranqueable
para mi mano torpe,
muñón de las quimeras.

146) No llores, Poseidón, de Ángela Reyes

TODOS LOS DORMITORIOS
tienen su olor a carne muda,
a lámpara encendida a la hora del beso,
del libro
y de la muerte.
En todas las alcobas hay espacio
para que pase un ángel con las alas abiertas
sin rozar tu cabello.
En todas cabe un golpe de agua,
esa ola que en sueños atraviesa la vida
sin mojar te los párpados.

Por la ladera de tu cama
se aleja una mujer con el viento de frente
y un sombrero de paja enfebrecida.
Te regaló la menta de su boca
y se lleva la duda
de si te quiso demasiado.

147) Región de los hielos perpetuos, de Domingo
F. Faílde
(Premio Provincia de Guadalajara)

SUMMA

A veces,
todavía,
quizá nunca.

Así nos deslizamos sobre el hielo,
sin sospechar la causa
ni imaginar
el fin.

148) Palabras derramadas, de María José Cortés

La sed de la mañana se me clava en la garganta
cuando los ojos palpan las paredes
tratando de orientarse.
Huele a retazos de algún sueño. Sin embargo
las calles siguen fuera
con cuerpos desnudos debajo de las ropas.
Hay un motín de voces
acechando en las esquinas donde el violador
esconde su esqueleto.

149) La puerta no cierra el frío, de Javier Bizarro

¿Queráis la verdad?

queráis la verdad:
yo no soy un hombre bueno

merezco por lo tanto
estos teléfonos autistas
esta ciudad que no conozco
donde mis sueños perdieron
indicios y señales

150) Tu nombre ha florecido (Antología), de
Emilio del Río

Tierra de mi raíz

Ser de Rosa que siempre llevo dentro,
desde más dentro aún que el centro mío.
Tierra de mi raíz y de mi río
y tierra de la tierra y de su centro.

Porque rebosa todo lo que adentro
guardo de Ti, yo mismo desvarío
si no te busco, término del río,
latido fiel del mundo que concentro.

Porque todo mi ser está en el tuyo
y flota y siente el mundo tuyo suyo.
Porque el más hondo corazón señala

tu mar y mi raíz tu tierra cala.
Porque eres Dios y yo soy hombre solo,
mi ser de rosa te pronuncia en todo.

151) Brincando en el paladar, de Ernesto Uría

Isabel

Isabel es una suerte,
ser fuerte, ser verdadera,
siempre para los demás.
Saber estar a su lado
combinando con cautela,
el anhelo y el cuidado,
el equilibrio y el celo,
siempre pendiente de él,
la respuesta a flor de piel,
regalándole tu cielo,
resguardándole en tu halo.

Pastel de paciencia y miel,
vigía y guía, Isabel,
maravilloso papel,
para envolver tu regalo.

152) Atreverse al mar, de Ana Ares

A oscuras

He apagado las luces, de algún modo.
También la posibilidad, alguna vez.
Ni soy ni lo seré.

Apagaré estas otras, las del mundo.
Dejaremos tus ojos. Que miren donde quieran.

Quiero vivir
dentro de ti.
Sentada, a oscuras
dentro de ti.

153) Sobre andamios de humo (2409-2007), de
Alejandro Céspedes

En tu arenal me agoto igual que una semilla.
Encallo en ti,
y tu nombre me invade
y me inunda la boca
y al querer pronunciarlo
se me enrosca en la lengua
y acabo por tragarme
ese recuerdo anfibio
que a tu sabor, de nuevo, me condena.

154) Versos de viento y plata, de María Sarmentera

Esta noche te digo lo que siento,
esta noche perturbada me lame
despacio y tranquiliza mi pasión.

Esta noche de invierno,
tu calor me llega.
Tú eres la promesa de amor
primera, amanecer eterno de alba
que no llega.
Esta noche te huelo y te auguro.

¡Quédate conmigo!,
Dame tus palabras, acaricia mi lecho
para nacer y morir en él.

155) Un tiempo de adiós, de José Luis Nieto
Aranda

Pablo luce experiencia
y me relata su separación, su huída
a Madrid, los amigos, las partidas de cartas....

Nada hay que dure por siempre, dice.

Y sabe que, al final, el tiempo es
un revoloteo nervioso de paloma asustadiza.

Yo no sé más.
O no quiero saberlo.

Y no le voy a decir a Pablo, por aquello
de ser mi jefe, que la nostalgia se pega a mí
como resina a la leña.
Y que el último revoloteo que recuerdo
fue el de tus párpados antes
de cerrar la puerta.

156) Las peras del olmo, de Ignacio de Almagro
2ª edición

Mi diario, 2415: Cuando tenga 18 años, viviré en mi propia casa, o al menos la compartiré con gente joven, como yo, en mi misma situación.

Mi diario, 2420: Cuando tenga 25 años, compartiré piso con alguien, quizá mi novia, o mi mujer, o mi amante.

Mi diario, 2425: Cuando cumpla los 30 espero haberme marchado ya de casa, quizá para entonces haya más trabajo, o el mismo mejor pagado.

Mi diario, 2429: Quizá mañana acabe el mundo. No será decisión mía.

Mi diario, 2002: Mis padres están ya muy mayores, cuando mueran ocuparé su cuarto; dejaré pasar un tiempo, pero ocuparé su cuarto.

157) Electra se quita el luto, de Sonia Fides

¿Qué haces esta tarde?

Si no estás ocupada, podríamos salir en busca de epitafios
o de lápidas de mármol distintas de las otras,
porque no creo que a mi muerte le sienta bien
seguir las reglas generales de enterramiento.

158) Res Nata, de Raúl Fernández Vítóres

En el umbral
a la espera de juicio
pero sin juez.

159) Álbumes de arena, de Jordi Bresoli

Azul

Presagio de ola fueron los pétalos de tu rosa,
deshaciendo con su amenaza de marea,
mi colección de huellas en álbumes de arena.

Que lejos quedaron ya tus supervivientes anhelos
de mi voz solitaria de pálida bandera,
esperando sin un olvido completo
una distancia detenida que poder atrapar.

Los refugios siguieron coleccionando miedo,
llenándose de metralla de exilio de beso,
y yo, con mi rosa de mar,
quedé empapado de un sin olvido completo.

160) Cincuenta sonetos esenciales, de Garcilaso, Fray Luis de León, Góngora, Lope de Vega, Quevedo, Conde de Villamediana, Calderón, Juana Inés de la Cruz, Juan Meléndez Valdés, Gertrudis G. de Avellaneda, Rubén Darío, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Federico García Lorca, Manuel Altolaguirre, Leopoldo Panero, Miguel Hernández, Blas de Otero, Octavio Paz, Rafael Morales, José Hierro, Vicente Núñez, Claudio Rodríguez.

Tengo miedo a perder la maravilla
de tus ojos de estatua, y el acento
que de noche me pone en la mejilla
la solitaria rosa de tu aliento.

Tengo pena de ser en esta orilla
tronco sin ramas; y lo que más siento
es no tener la flor, pulpa o arcilla,
para el gusano de mi sufrimiento.

Si tú eres el tesoro oculto mío,
si eres mi cruz y mi dolor mojado,
si soy el perro de tu señorío,

no me dejes perder lo que he ganado
y decora las aguas de tu río
con hojas de mi otoño enajenado.

Federico García Lorca

161) Ventanas, de Eduardo Sopeña

Me gusta caminar por la acera desierta
de la autopista en dirección contraria
a los coches que salen de la ciudad
ir por territorio de nadie camino
de nada a la hora en que los autos
encienden sus faros o más tarde cuando
ya es de noche y no pueden ver de mí
más que una intuición antaño la cazadora
anudada a la cintura buscaba o volvía
de estar con mis amigos fumando un cigarro
el cobalto cielo primaveral sobre los asmáticos
edificios abandonados por las ranuras del
pavimento
crecían flores espigas malas hierbas la velocidad
zumba transporta personas a lugares donde
piensan creen detestan que deben estar

162) Sacrilegios y consagraciones, de Jesús Ayet

Alcanzo el grado
de ser en ti otro cuerpo,
en ti hombre
que crece como un árbol y rebosa
de ti,
que te completa,
que te arde
en fiebre y adormece,
arroja al lecho
por curarte de mí,
parasitario
de tanta calentura,
me hago sueño
y consigo dormirte y Contemplarte.

163) El amor incontable, de María Elena Blanco

Moira

serena soledad: todo cuanto vive y se desmaya
a mi alrededor te propicia

ya no he de aparejar la nave que inzarpado
alabaste

inversa embarcación: zambullida fallida:
trueque de ojos ¿y de corazón no?

dejo al mar de fondo que se ahogue
en sus algas

a la marea muerta le falte el
gusto a sal

pese la medida: no se mengüe
se fragüe

siga
 sea

165) Las cuartillas de un náufrago, de Jesús
Aparicio González

No cortes los claveles con tus manos.
No persigas al tigre con fusil.
No subas al balcón con tus dictados.
No construyas tu casa con diamantes.
No quieras que te alaben crisantemos.
No ordeñes el zumo de las palomas.
No investigues quien mira desde el cielo.
Y siéntate a la sombra de esa nube
que fundaron los versos que callaste.
Hemos nacido para ser felices.

166) Escrito en tierra, de Francisco Mena
Cantero

Bajo un árbol

No es tomar posesión del tiempo
tumbarse bajo un árbol
y auscultar
los latidos del día.
Es comprobar que continúa
la vida a nuestro lado.
Esta vida del pájaro y la flor
como si no acabara nunca
la creación del mundo.

167) El día que me enamoré de mi BMW, de
Raúl Quirós Molina

Siempre hay un dolor antiguo
en todo lo que está
esperando de alguna
manera a ser besado
por todas las palabras,

que piensa que el ayer,
después de tanto vuelo
no quiere recordar
que ilumina la herida
por donde sopla el fuego.

Mi nombre es una grieta
que vive en tu boca.

168) Tríptico del día después, de Raúl Nieto de la Torre

Los amantes

No estamos hechos
para morir; la vida nos parece
un trozo de pan duro
que mordemos con hambre de horizontes.
Que los labios nos mientan
no es razón suficiente para cerrar la boca,
y a menudo el camino está cortado.
Pero la sed engaña;
pero el deseo escoge su mejor
rama para la fruta equivocada.

Distingue
a los amantes que se aman
una cierta elegancia en el error.

169) La exactitud del instante, de Alejandro
Fernández-Osorio

Hoy fui todo y uno a la vez
en el mayor instante de vida
olvidado por los diarios y los televisores.
Fui aire luz y mar,
fui mies y polen sobre la brisa.
Algo más que un corpúsculo
corpóreo e inconstante,
un desliz fui,
impalpable por el verbo.

La espuma en la cresta del silencio,
la tartamudez de la tarde,
una mirada, apenas, una mirada.

171) Elegías y meditaciones, de José Infante

Morir en el espejo

ALGUNAS otras veces
has sentido lo mismo.
No es una sensación nueva. Mirar
en el espejo la cuchilla del tiempo,
afilando aún más
su tremenda caricia destructora.

¿No eres acaso
el cadáver de tu propia esperanza?
Perfil que pierde encanto y sutileza.
Sólo tardes de hastío y soledad
te esperan desde ahora.
Es lenta la caída
y el abismo profundo y sin futuro.

Dolor tan sólo se vuelve el entusiasmo.

172) Regreso a Alba Longa, de Alfredo
Rodríguez

(los detalles oscuros de la vida)

quien se entrega a todos los placeres
que la existencia puede ofrecer
llena de dolor el corazón
en esta almoneda que es la vida

la que conviene a su desengaño concluye

si con el ardor sombrío de las mujeres
su entusiasmo
no experimenta mengua

173) Amantes, verdugos y pesadillas, de Marta
Gómez Casas

La noche ya no es noche,
ni el mar una respuesta,
pero tú y yo lo somos todo:
sudor, mástil, rosa y fuego
en el corazón caliente de la arena.
La noche ya no es noche,
nada hay, aunque en tus ojos ríen
los barcos de cristal de un sueño
y las batallas de amor de una tormenta.
La noche ya no es noche,
ni el mar un canto de sirenas.
A mi lado duermes,
frágil niño-alga-marina,
atado al vientre profundo de la tierra.
Amanece. La noche quiere irse,
pero me abrazas y todo empieza:
oscuridad de nieve que se funde
y un grito que dice que todo somos
en la luz de paloma que despierta.

174) El desvestir del pulgar, de Ada Menéndez

Inevitable encuentro

No voy a decir nada
Nada que no haya soterrado primero
Bajo los huecos del acantilado
Estrangulados con mis pies heridos

No voy a pensar nada
Nada que no haya maquinado después
Cerrando los ojos con ironía
Por haber imaginado sonreír la cicatriz

Sólo voy a hacer lo correcto:
Temblar cuando llegue el hacha

175) Adan Kadmon, de Lola de la Serna

De par en par la luna y este cielo
acortan esta noche la distancia
y errantes
como el alba y la muerte
se abalanzan y vienen encendidos
de no sé qué misterio aún no gozado.

176) Sombra a Sombra, de Santiago Gómez
Valverde

Jana cruza por los labios de un río
como si fuera un beso ingrávido de aire.
Crece un musgo romántico
desde los pensamientos lúbricos de los muertos.
Con manos mudas, trenza una humilde canción
trasnochada de acordes. Ya la luna despliega
el palio de la noche. Lloro mi corazón,
en su mitra de obispo, un latido de sangre.

177) De parte del frío, de Daniel Benito

Aquí

Aquí es lunes.
Voy –vamos– por encima
del agua.

Las moscas
–como siempre–
tropiezan con todo lo que les rodea.
(Solamente el vacío es más grande que uno mismo).

Aquí, muros azules,
pero después
–ya se está nublando–
tormenta.

Ojalá allí tengas un buen día.
Aquí –en lo hondo– todo es inoportuno
y trepa por las paredes.

178) Como el agua de tu cuerpo, de Carmen
Moreno

La lluvia

A ella le tiembla la voz,
sucumbe en la tarde
y suscita palabras secretas.
Y llueve al son del regreso,
se entretiene en los minutos,
revuelve el desasosiego
y me enseña a vivir.

179) Tanka a trancas y barrancas, de José M.
Prieto

noches muy largas
cuando acaba diciembre
noches muy cortas
cuando pasamos juntos
navidad y año nuevo

180) Descubrimiento de la herida, de Luisa
Antolín Villota

Un grifo mal cerrado,
una gota golpea el agua
monótona,
como la oración que sigue a la muerte,
repetitiva,
como el paso del tiempo,
densa,
como la sangre de una herida,
cada vez más sonora.

181) Habitación en Arcos, de Antonio Hernández

No digas cielo, di luna.
No digas metal, sí oro.
Di ola, no digas mar.
Di árbol, no digas bosque.
Di persona, nunca gente.
No digas mundo, sí España,
si no España, Andalucía,
más que Andalucía, Cádiz,
y dentro, muy dentro, Arcos.
Porque comiste del trigo
que te regaló tu tierra,
bebiste agua del río
que pasa junto a tu pueblo,
respiraste el aire limpio
de aquella sierra cercana
y tu alma se fue haciendo
con cuanto entró por tus ojos:
una belleza de cal,
de abismos y de barrancos,
la gente que allí te quiso,
la que no fue generosa
consigo mismo al odiarte.
Nunca digas que no es patria
la luz que ha nacido de
la impotencia del olvido
para vencer aquel tiempo.
Dile madre, dile padre,
dile niño, adolescencia,
dile hermanos, dile amigos.

Di que se llama emoción.

182) Contemplación, de Rubén Martín Díaz

Revelación

Despertar con el alma fatigada
de haber estado
contemplando la noche
al borde
de mis ojos cerrados.
Y descubrir
que el mundo, todavía,
sigue siendo una mano alentadora,
un deseo al alcance de los dedos,
una luz cotidiana tras la sombra.

183) La puerta del horizonte, de Ángeles Navarro
Guzmán

Habrá que empezar de nuevo
despegar la piel del hueso
el recuerdo del recordado
las horas de los relojes
el beso de los labios
el ojo del paisaje
el oído de la música
para volver a recomponer un todo
dispuesto como una flecha
a traspasar el punto central
la diana

184) De madrugada, de Miquel López Crespí

Las batallas perdidas

He aquí mi hogar con puertas y ventanas blindadas.
Los hirientes vidrios rotos de la cerca,
el penetrante hedor de las batallas perdidas
entre el laberinto de los libros en un tiempo
dispuestos para el combate.
Hoy elevamos los cristales del coche
cuando alguien se atreve a pedirnos una limosna
mientras maldecimos el semáforo en rojo,
el espesor de la traición hundida en nuestra sangre.

185) La mitad de la luz, de Antonio Cubelos

Amanece, al fondo.

Ya seas humo, simulacro
de Dios, tesoro,
preguntaré por ti.

Por si creciera la luz,
la mirada converge
al inmenso horizonte del poema.

186) El sacerdote Invierno, de José Elgarresta

El mendigo

En este escenario
donde los actores,
deslumbrados por los focos,
no saben si hay espectadores,
cada uno crea su propia realidad.
La vida es una representación
dentro de otra representación.
Pasamos por ella
como el mendigo
que nos pidió limosna en un semáforo
y sólo cuando fue tragado por la multitud
advertimos que tenía nuestro rostro.

187) Maneras de volver, de Rafael Soler
4ª edición

Armas de seducción

Un escote pausado y sin riberas

un brindis en el baño
una canción que no pida nada a cambio
otro escote esta vez deliberado

algo de brillo
soltura con las piernas y las puertas
un reproche escondido
una risa de estreno

y la palabra jamás al entregarlo todo.

188) Viernes de barro, de Begoña Montes

Balance

En la estepa
de los miedos y luces
brilla el futuro.

Recogiste
mil agujas de erizo
y los días
alargados y estrechos
traen más estrofas.

Volverán
a crecer en el árbol

castañas.

189) Navegaciones, de María Luisa Mora Alameda

Tu nombre en mis tacones

Ordeno mis zapatos y te encuentro.
Estabas escondido entre mis botas.
Tú nombre es una marca que los fabricantes
dejaron, por descuido, en mis tacones.

Tú, que me has escondido tus ciudades,
la flor de tu crepúsculo,
el mar del verano, adonde fueron a vivir tus fantasías.

Pero yo te he encontrado
sin que tú lo quisieras
arreglando los armarios del espíritu.

190) 24 poemas, de Pere Gimferrer

Puente de Londres

¿Encontraría a la Maga?

–Eres tú, amigo? –dije.

–Deséale suerte a mi sombrero de copa.

Una dalia de cristal

trazó una línea verde en mi ojo gris.

El cielo estaba afónico como un búho de níquel.

–Adiós, amigo –dije.

–Echa una hogaza y una yema de huevo en mi bombín.

Una bombilla guiñaba entre las hojas de acanto.

Mi corazón yacía como una rosa en el Támesis

191) La mezquita de sal, de Alejandro Gracia Calvo

Vuelve con el escudo cubierto de azahares
e himnos de victoria
y aceite de palmera tibio como la lluvia
sagrada del Oeste
o sobre él, mi bello guerrero de ojos ágiles.
Y tráeme los rojos collares de las jóvenes
esposas de los nómadas
y sus corceles fieles como rayos de Luna
y el llanto de sus hijos
para adornar mi ávida garganta con su sangre
o muere como un rey.

192) Pentagramas de agua, de Isabel Delgado Rodríguez

Pasos desandados

¿Cuántas palabras le quedan al verano?

¿Cuántos pasos desandados

que regresan?

Si la acacia hoy ha vuelto a florecer...

El tiempo, ciegamente inacabado,

abre sus flores de otoño

porque niega, tenazmente,

que él también tendrá un fin.

193) Las avenidas del tiempo, de Izara Batres

Envolvías la luz
que desdibuja el contorno,
y, a veces,
me lo volvías otoño entre las hojas.
Tu faz deslumbrada,
paseante del cielo.
Los ojos plagados de estrellas.
Desea, me decías,
hasta que te lllore el alma.
Hasta que tengas la eternidad en los ojos.
Siente, anhela conmigo.
Vamos a ser espíritu
por un momento,
por hoy.
Pero siempre.
Aunque la tierra se vuelva estéril,
y sólo nosotros
estemos despiertos.

194) Palabra dormida, de María José Pérez Grange

¿Eres tú?

Ya está puesta la calle nueva,
el canto de un niño
y la marcha indiferente del río
que pausa la tarde.
El sereno beso del viento
sobre las hojas de brillo cegador.
Mis ojos espían.
Cada rincón vive en los recuerdos
y yo con ellos renazco.
¿Eres tú la vida
y vienes envuelta en primavera?

195) Paleografías, de Alfredo Piquer Garzón

12

Y hallé tu corazón como una piedra negra
grabada desde antiguo
y era tu corazón un fragmento quebrado
escrito hace milenios en lenguas olvidadas
todas desconocidas.

Si pudiese tan solo comprender el sentido
de la palabra presa en el largo cartucho
de la inscripción arcaica
descifraría tu alma, el contenido oscuro,
los signos ilegibles de toda tu tristeza;
tu nombre impronunciable que llena mi universo.

239) Feliz remesa, de Bernardo Casanueva Mazo

¿De dónde vienes, luz amanecida
con tan claros albores del principio?
¿En dónde te ocultabas? ¿Qué montaña
ha tenido poder de sepultarte,
de ocultarte al mortal, tras la caída?
¿Qué aurora nace y brilla de tal modo
que se te puede vislumbrar de nuevo,
fresca, reciente, plena de rocío
como en aquellos tiempos?
Podemos verte, albor, como te vieron
nuestros primeros padres. ¿Hemos muerto?
¿Ya no estamos aquí donde era noche
perpetua, con tu reflejo, luz, con tu reflejo?
¡Qué húmeda ya, qué llena de tu claro,
de tu vertiginoso nacimiento
y de tu desnudez!

240) Paisaje de hierro y hielo, de Mills Fox Edgerton

En el autobús

Cuarenta y tantos años,
un mechón de pelo
rebelde en la frente,

con los nudillos blancos
estás de pie, agarrado
a la barra, mirándome—

en tus ojos miedo
¿de qué?
el llanto contenido
¿por quién?

241) Que el ciervo vulnerado, de Carlota Vicens

XIII
(La noche)

Se deshace
No sé si en agua o en humo
Se deshace
Y luego está la noche
Fría
Pegada al cuerpo.

Pegada al cuerpo
La noche se deshace
Y en el instante
En que su voz hubiera dicho
Allí plegaron los pájaros
su vuelo.

242) En el grotesco proceso de la metamorfosis, de
Beatriz Mori

El calor del agua me recibe como
a un neonato de vuelta
a su latido acuático.
Por un momento siento calma,
pero reconozco el estado, no es inédito;
mera tregua.
Aguanto la respiración,
hundo la cabeza bajo el agua
y sin abrir los ojos veo
los muros del laberinto,
otra vez,
verdes, altos y tupidos
como infinitos sacos de boxeo.
Tranquila, no exhalan su frescor,
es sólo una visión
de mi locura.
Emerjo.
La música muerta entre el vaho.
El silencio.
Consciente de un único sentido,
aspiro.
En el aire aquel aroma.
Ya pueden despellejarme
con facilidad
la piel rugosa del cuerpo.

200) Cancionero y romancero de ausencias, de Miguel Hernández.

Llegó con tres heridas:
la del amor,
la de la muerte,
la de la vida.

Con tres heridas viene:
la de la vida,
la del amor,
la de la muerte.

Con tres heridas yo:
la de la vida,
la de la muerte,
la del amor.

201) La luz y el cobre, de Ángel A. López Ortega

La lluvia

Sobre la chapa de los autos,
sobre la piel dura de las calles,
sobre la naturaleza inmóvil de los parques,
la lluvia.

Y aunque erizaba las aguas del río,
no formaba impetuosos torrentes
ni atascaba los desagües
ni anegaba ramblas y chabolas.

No llovía en otro tiempo.

Pero arrastraba impresiones y recuerdos,
inmateriales sedimentos,
el eco de otras lluvias
golpeando y muriendo
en los cristales de la memoria.

No llovía en otro tiempo,

sino aquí, sobre los seres y las cosas.

Y la noche se acercaba sin presagios.

202) Inevitable voz, de Milagos Salvador

La pregunta en las aguas

Ser y no ser la misma, como el río,
y aparece el milagro
que lleva entre sus aguas.

Nos ilumina una estrella
que hace ya mil años que no es luz,
ser y no ser estrella.

¿Existimos?

Buscamos la certeza y nos vence el misterio,
y pasaron los hombres por la Historia
y por la vida,
pasaron las mujeres por la vida
y por la Historia,
y contemplamos aún el río,
y dejamos en las aguas la pregunta.

203) Paisaje en tres dimensiones, de Julián Creis

Canto a la amistad

Yo creo que un amigo es como un árbol,
que siempre espera para dar su sombra.
Como un árbol dispuesto
para entregar su savia en primavera,
o podarse una rama, hacerse llama,
para el que siente frío por sus venas.
Amigos, como un árbol en verano,
vuestra sombra me llega en este tarde.

Sois como fuerte mano que sostiene
en las horas difíciles y amargas,
cuando esta cal sin fe se viene abajo.
Y como un fuerte impulso, como un ala,
en los claros momentos de alegría,
cuando Dios nos estrecha entre sus manos.
Dejadme descansar a vuestra sombra.
Aquí en el corazón siento correr vuestra savia.
Os siento porque sois de mi racimo.
Palpo vuestro latir porque soy de vuestra espiga.

Días sin huella

He visto el mar por la mañana
retorcerse y saltar
–verde negro y espumas en el viento–
bajo las primeras lluvias de noviembre.
En el silencio de mi casa
escucho el crepitar del fuego,
miro ceniza y brasa, danza de llamas.
Sobre la chimenea, algunos libros
recuerdan otros tiempos, adornos
que disimulan una pasión perdida.
Ni grandeza ni miseria ni escogidas palabras,
solo entre paredes blancas,
fantasma solo en este pueblo de fantasmas.
Naturaleza, otoño y nada me acompañan
mientras el frío se pega en los cristales,
deja un vaho helado en las ventanas.
El día sigue su transcurrir inútil
y sereno y se pierde en la noche.
Nadie me acerca, ninguna sombra, a mi vida,
tampoco estoy escribiendo mi epitafio,
hablo con dolor resignado sobre días sin huella.

205) Yo tampoco y tú sin embargo, de Antonio
Marín Albalade

Años imaginando

Si a quien tanto te disfruta,
pudiera pedirle tu mano...

Por una temporada.
Por una noche.
Por un segundo sólo...

pedirle tu mano,
Yolanda.

Tu mano...

Eso pienso
—¿existo?—,
viendo venir
a tu marido.

206) Rincón de paraguas olvidados, de Jesús A.
Muguercia Correa

Si el enemigo ataca formaremos trincheras de negros.
En la primera línea de fuego pondremos a los negros
feos de pelo malo. En la segunda línea de fuego
pondremos a los negros lindos de pelo bueno. En la
tercera línea volveremos a poner a los de pelo malo y si
eso no funciona, los lunes firmamos la paz

207) En brazos de la ausencia, de Mario Riera

El resto de las cosas

Te sigo observando
recostada en tu lectura,
como si nada,
como si el día no fuera
esculpiendo sus sombras
y los pequeños animales
no lucharan por su subsistencia
en cada palmo del bosque que nos rodea.
Permaneces porque te miro,
te doy este instante
donde vales el pequeño mundo
que nos encierra,
donde nos queremos más allá
del resto de las cosas.

208) Prontuario, de Luis A. González Pérez

V

En la distancia
llueve sobre el asfalto
cristales rotos.

Aunque juremos amarnos,
un invierno de reflejos
llena de vacíos las esquinas.

Todo está
como lo dejaste:

Yo muriendo
en tus silencios.

209) Identidad de edades, de Miguel Velayos

El pasado

También crece el pasado
hacia otro cuerpo...

...Tú creciste, despacio, hacia el otoño,
hacia la frágil presencia de la vida,
con tu cuerpo compacto, como lluvia,
lascivo, como lluvia,
latente, como lluvia...

Yo crecí a tus espaldas, sabiendo de tu nombre
por las calles desiertas y la luna,
comprendiendo que, así, podría retenerte
igual que un sueño.

Pero esta noche es larga como el mundo,
y ha crecido el pasado, y llega hasta mis ojos
la imagen de tu cuerpo junto al mío,
su negra soledad entre las sombras...

210) Antiguo sol naciente, de Pablo Gómez Soria

De paseo por Alemania

Saldré hoy, en esta tregua del invierno,
calor del sol y luz bañante,
para pasear por los rincones de este lugar,
por los más llenos de gente,
por el río,
tanto a su pie como por vías desde lo alto,
no sea que
las ocupaciones diarias,
las cargas imprevisibles,
me construyan una cárcel de sombra entre cuatro
paredes
para cuando el verano,
con este mismo calor, con esta misma florecida belleza,
irrumpe en la ciudad.

211) Gozos y huellas del paisaje, de Onofre Rojano

Atareado

Siempre he tenido tantas
cosas que hacer,
tan ocupado estaba en los afanes del mundo,
que no he vivido el dolor
con el suficiente sosiego.

(Lo he tragado de golpe,
como una medicina amarga al paladar).

Y he distraído la espada de los hechos
con multitud de pliegues y hojarascas;
tanto,
que no aprendí en su momento,
—a raíz de la noche— la lección
que, de las lágrimas, me daba
cada oscuro de invierno mi interior.

Hoy daña la luz su vieja cicatriz
abovedada.

212) La soledad, la lluvia, los caminos, de César Vallejo

Piedra negra sobre una piedra blanca

Me moriré en París con aguacero,
un día del cual tengo ya el recuerdo.
Me moriré en París –y no me corro–
talvez un jueves, como es hoy, de otoño.

Jueves será porque hoy, jueves, que proso
estos versos, los húmeros me he puesto
a la mala y, jamás como hoy, me he vuelto,
con todo mi camino, a verme solo.

César Vallejo ha muerto, le pegaban
todos sin que él les haga nada;
le daban duro con un palo y duro

también con una soga; son testigos
los días jueves y los huesos húmeros,
la soledad, la lluvia, los caminos...

213) El hombre deshabitado, de Prudencio Rodríguez

Un suspiro, no más

Volaban por el aire
rumores de besos
como aletear de pájaros...
“Habían huido todos al fondo de tus ojos
dejando al mundo
sin otro aletear que tus miradas”.

Sólo había pájaros en tus ojos
y el mirar y todo voló, en aquella noche blanca,
que besé tu frente limpia y fría.

Yo te lloré.

Y ya de madrugada,
tus ojos cerrados,
me fui hacia el silencio.

214) Irse, de Isabel Cadenas Cañón

Más palabras para Julia

Ya las gentes murmuran que yo soy tu enemiga porque dicen que en verso doy al mundo mi yo. Mienten, Julia de Burgos. Mienten, Julia de Burgos.

Julia de Burgos

La conclusión es vivir
para una

porque lo demás no alcanza

y porque siempre es demasiado tarde
para empezar de nuevo
sin fisuras
sin pretextos

porque eres
invariablemente
sola.

215) Pequeña oración, de Sergio Berrocal Sánchez

Ciudad fantasma

De tez pálida y veloz
como un Greco abstracto,
intermitente a veces,
rota de miedo,
la línea de la carretera
huyendo del lugar
a donde nos dirigimos.

216) Miguel Hernández, memoria humana, de Andrés Sorel.

Nacido en Segovia en 1937, Andrés Sorel es autor de una extensa y enriquecedora obra, que abarca la narrativa y el ensayo, y que tiene títulos ya fundamentales como *La noche que fui traicionada*; *Jesús, el hombre sin Evangelios*; *El falangista vencido y desarmado*; *Yo, García Lorca...*

En *Miguel Hernández, memoria humana*, Andrés Sorel repasa la vida del genial poeta oriolano insistiendo en la humanidad, vigor y valía de Hernández, pero también exponiendo sus convencimientos ideológicos y no olvidando a quienes le dieron la espalda hasta su muerte.

Libro esencial en este 2010 que nos acerca la increíble vida de un poeta inigualable.

217) Mientras viva el doliente, de Antonio Daganzo

¿Vivir, sobrevivir?
La tensa cuerda floja del viviendo,
caminar persuadido de equilibrio
aunque bailen los ojos.
Los pasos son seguros,
el vacío decide no imponerse.
Todavía.

218) La casa encendida, Rimas, de Luis Rosales

V

Siempre mañana y nunca mañanamos

AL DÍA SIGUIENTE,

–hoy–

al llegar a mi casa –Altamirano, 34– era de noche,

y ¿quién te cuida?, dime; no llovía;

el cielo estaba limpio;

– “*Buenas noches, don Luis*” –dice el sereno,

y al mirar hacia arriba,

vi iluminadas, obradoras, radiantes, estelares,

las ventanas,

–sí, todas las ventanas–.

Gracias, Señor, la casa está encendida.

219) El tipo del espejo, de Manuel Lacarta

Imposible saber de quién son esas manos,
Dónde estuvieron antes de estar ahora
Quietas, inmóviles, como acaparando para sí
Todo el silencio o a la espera de alguien
Que venga, las mire, las vea, junte sus manos
Con estas manos, sus dedos: finos, perfectos;
Las uñas de nácar. Imposible, sí, tocar
Sin acariciar estas manos; verlas
Y no querer ser reconocido, recordado
Por ellas, dormirse en su suavidad
Sin asperezas, sin contrastes ni frío
Que nos aparten súbito de esas manos.
Imposible no querer que nos quieran,
Nos busquen, nos halaguen, dibujen
Para nosotros campos con árboles, ríos,
La inmensidad de una playa sin nadie;
Detengan el tiempo en nuestras mejillas,
Simplemente al tocarnos, esas manos.

220) Orbita lunar, de Ángel Poli

Te iré perdiendo,
tal vez para encontrarte,
para encontrarme yo,
para encontrarnos.
Para tocar la linde que nos une
o nos separa
—para romperla
con el peso de una hoja desprendida,
de un cabello que perdamos en septiembre—.

Y así ya un cielo abierto
se ofrezca a nuestras alas.

Te iré perdiendo pues,
tal vez para encontrarte a cada vuelta
de la esquina.

221) Las sexuales, de Laura A. Cancho

Tu cuerpo melancólico hoy despedaza el tiempo
y salda con creces todo cuanto he callado.
Nos hemos estado rozando
y a la vez camuflándonos el miedo,
perdiendo el turno para desear amarnos
sosteniéndonos mutuamente
desde el silencio del fuego.
Y nos hemos estado rozando
espejo contra espejo de arena y tierra,
rozándonos, disimulándonos, hiriéndonos...
Hoy ya no sé decir si he dado
si tuve, si quise, si eres, si soy,
hoy se despedaza el tiempo
se raja el silencio, se abre el ahora.

Revelación

Miro la lluvia, su disuelta espiga
derramada en la tarde, y el silencio
de los pájaros trina en el crepúsculo,
mientras la noche llega con sus sombras
y sus semillas de alba. El nuevo día,
nacido del cadáver del ayer,
ha de morir y renacer mañana
en tanto el tiempo fluya incandescente.
Todos los muertos sueñan con nacer
y derramar canciones en sus vidas.
Todo en el mundo es muerte embarazada
de vida fecundada por la muerte.
Hoy planto un madrigal en mi existencia
y cultivo en mi pecho la alegría.

223) Este debido llanto, de Jesús Mauleón

Miro acercarse a Dios

Mientras estabas tú, te tuve como un dique
parándome la muerte.

Ahora que tú te fuiste

veo venir las aguas

tronando de alta mar hacia mi pecho.

Aquí, quieto y en pie,

miro acercarse a Dios,

blancura poderosa de la espuma

resonando en las olas que anohecen.

224) Para encontrar al héroe, de Juan José Álvarez Galán

En la linde del día
donde la luz destroza las ventanas
al borde de la noche
se levanta la torre de tu desnudo blanco
y me descubro
y entro en ritual a la guarida
y en el centro son aves
las curvas del cabello sobre el pecho
las manos inocentes
y tu vello
las aladas palabras
su sonido
tu forma a contraluz
las complicadas fiestas de tu boca
único límite
del refugio que comparto contigo
del hogar
desde el que salgo al día.

225) Catecismo para espíritus descarriado, de Alberto
Martínez Romero

Espectro amigos

Escucho palabras jamás pronunciadas
Sobre misterios nunca entrevistados,
Cuando,
De repente,
Me requiere un muerto
Que un día
Fue mi amigo.
Chilla, se retuerce, se ahoga,
Solitario,
Sollozando
Desde lo más
Profundo de su nada.

226) Llaves extremas, de Tobías Campos Fernández

Ajuar

Aquí estoy,

con mis palabras,
mi ropa escindida
y mi ajuar de segundos.

Aquí estoy ataviado,

cerca de un antílope
que me mira y sabe
libremente olvidarme.

227) Crónica diaria, de Lola Torres Bañuls

Es la textura
El tacto
Su fragilidad
La fragilidad del tiempo

Un cristal se quiebra
Esquejes
carne a trozos

El sonido cuando cambias de plana

Un titular
Son las letras
no el escalofrío.

228) Casa, de Raúl Morales García

Observa el atardecer. No
varía su latido, ni
la gota de sangre su corazón
bombea –el pájaro. Suficiente para
ver mudar la luz

Mas, sólo
curva el cuello cuando
sabe de la nieve
–en las pupilas del corzo, siente
miedo el pájaro

229) Ángel de Guerra, de Antonia Bocero

Soledades

Soledades
Y escarabajos ascienden
Sombra en el espejo

Del pedregal
Huellas en el desierto:
Meditación del tiempo

Sola
Lleva conchas en la mano
Hacia el invierno

230) Cruje, de Leonardo David Segado

Ten un catre
cual este mío,
y a ver
si lo destrozas.

Hiérete con la púa
de la pesadilla.
Corre. Despierta.

Y pregunta y responde,
toma y dale; y en
su repetición una sandez.

Aquello que tú digas,
rebatirlo yo. No supone un gran
esfuerzo. Está en lo
que acontece.

231) El temblor de las rosas, de Juan Polo Laso

Cautivo de mi mismo

Encendida la llama voy buscando
el pausado rumor de mis latidos,
como busca en la noche el universo
el guiño pertinaz de las estrellas.
He sentido el acoso de las sombras
cautivo de mi mismo, y encerrado
en un mar de insistentes soledades;
las olas me golpean mar adentro,
solo alientan mi lucha en este trance
las gaviotas que gritan a la orilla.
Quiero salir, buscar, buscar el aire,
la luz, el cielo, el sol, la vida,
que tan solo se vive con los otros.

232) Caminante del sueño, de Emilio Prados

Sueño

Te llamé. Me llamaste.
Brotamos como ríos.
Alzaronse en el cielo
los nombres confundidos.

Te llamé. Me llamaste.
Brotamos como ríos.
Nuestros cuerpos quedaron
frente a frente, vacíos.

Te llamé. Me llamaste.
Brotamos como ríos.
Entre nuestros dos cuerpos,
¡qué inolvidable abismo!

233) Embrujado jardín, de Luis Alberto de Cuenca

La partida

Isabel, resucita con aquel pijama de chico.
Marta, dame un abrazo y tus libros de Paul Lacroix.
Espérame diez años en el porche, Blanca de ojos
dorados.
Ven en tren a este sueño, Macarena de almizcle.
Cuéntame cuentos medievales, Carmen.
Protegedme del mar y de los dientes de la noche.
En algún lugar del pasado o del vertiginoso futuro
Julia se ha ido para siempre.

234) Los poemas de Massachusetts, de Alberto Infante
2ª edición

Variaciones sobre un tema de Franz Wright

Escribiendo algo para mi hijo
soy también mi hijo
escribiendo algo

para sí mismo
en el pasado, donde él es
también su padre

escribiendo algo para mí,
que no estoy ahí
y nadie sabe

si después de todo
entre presente y futuro,
entre escribir y no escribir,
estaré alguna vez,

si seguiré en lo que creo
y seré perdonado.

235) Fuga de ideas, de Santiago Gómez Valverde

Asepsia

Contempla esta palabra.

No la mires.

No la oigas.

No la palpes.

No la gustes.

No la inhales.

Es una piedra en medio del camino.

Debajo de su tumba laboran los gusanos,
trituran, con oficio, un músculo de verbos.

El barro del silencio cicatriza el vacío de la nada.

Empieza a ser eterna.

236) El latido del mundo, de Justo Jorge Padrón

El abedul

Tallo de luz en fuga
entre una lenta red con mariposas.
Eres el soplo verde que hierde al sol.

Como el humo cansado
te posas en lo azul,
con la siesta del agua
fulgurando en tus hojas.

En la espiral alada de tu cuerpo
el viento te recorre y se extasía,
tiembla en tu transparencia
y te eleva encendido hasta mi sueño.

237) Pánico en el palacio, de Vlada Urosevich

Traducción de Kleopatra Filipova

Caracol

Te compré un pequeño caracol petrificado
enmarcado en plata:
el vendedor me dijo que era viejo
unos cuarenta millones de años.
¿O acaso ochenta?
París, rue Guénégaud, lluvia primaveral
que cae sobre tu rostro, olor
a pasteles frescos, paloma que aletea
doblada en el lago vertical
de la vitrina. Un poco conmocionados
nos agarramos al centro invisible del instante
para que nos trague
la espiral del tiempo
que se abre como Maelström.

238) Cuando me lees un singular animal me devora, de Sara
Cristóbal Santíño

Animales

Estoy aquí.
Lo había olvidado

No tuve tiempo para domar más animales
Para esperar
a que ellos me dijeran
Que hora es

El frío y la carretera se llenaron de pezuñas
De dátiles, de sobresaltos
De caravanas rasgadas

No tuve tiempo para atenderles
Y olvidé que a veces
Yo tampoco me puedo domar

239) El dardo en la llaga, de José Infante

Le llaman la Marypiercing.
Es muy guapo y a su paso
se disparan todas las alarmas.
Lleva un anillo metálico
en la ceja derecha, otro en el labio,
un tercero en la nariz, otro en la lengua,
dos en ambas orejas, uno en cada tetilla,
otro en el glande. Y uno que le sobraba
se lo puso una noche a su madre en el coño.

Tiene una sonrisa encantadora
y ha perdido los kilos que sobraban
a su culo. Sus ojos son hermosos.
Es bajito pero su pecho es perfecto
y sus piernas potentes.
Lástima que sea además
noctámbula, autista y pastillera.

240) Ni pies ni cabeza, de Ángel Mora Casado

Ruinas

Recuerdo este camino, llegaba
hasta el castillo de mis sueños,
aquel de allá que está en la ciénaga.
Este ciprés no estaba, había un manzano.
Aquellos recios muros levantados
son el polvo que ahora pisas.
Allí, donde las zarzas, crecieron los abrazos.
Aquí hubo pájaros.

La materia es la misma, pero trastornada.
Mira cómo, entre esas piedras,
unas leves violetas han florecido
para los muertos.

241) Tema libre en hora muerta, de Laura Rodríguez Pombo

No sé cómo voy a explicarte
que hay musgo en mis uñas,
que noto arena en los ojos,
que me crece polvo en las rodillas.
No sé cómo voy a explicarte
que no quiero coger nada,
que no puedo prestar atención,
que no quiero andar mucho tiempo.

Extrañeza

Una nueva primavera se abre paso
entre los despojos de tantas otras
que ya tuvieron su oportunidad,
y no promete nada distinto.

Toda insistencia parece una condena,
mas no por ello deja de asombrarnos
esa realidad que nos inquieta
con su esplendor y mezquindad.

Entre el pasmo y la fascinación sentimos
que la vida no es un mero transcurso,
sino una invitación a descubrir la grandeza
allí donde los sueños se van perdiendo.

243) Acabo en el latido, de Ángel Méndez Bernal

Espiral

Llueve por fin en la ciudad.
La calle se puebla de paraguas.
La gente está aún más sola, bajo cúpula,
y alguien suspira,
por un olor imposible a tierra mojada.

Yo espero el sol, ahora que llueve.
Y mañana, con sol, esperaré la lluvia.
Lo importante es no perder nunca la esperanza.

244) Mar en la sangre, de Ángeles Navarro Guzmán

Yo entraba y tú
salías del tiempo

en mi mano
palpitaba la última lágrima
de la tarde

el aire
se detuvo en tu sonrisa
cuando nos cruzamos

245) Ajuste de cuentas, de José Sánchez Tortosa

Apocalipsis astronómico

La luna cae muerta.

El sol agoniza envuelto en sombras.

La Tierra pierde temperatura y gana belleza.

Ya no queda nadie en ella para contarlo.

246) Sobras escogidas, de Tito Muñoz

Juego

Permíteme que hoy juegue con palabras
y que me traigan palos en la boca,
que regresen al trote, jadeando,
en el jardín donde tu perro vuela.

Eres para mis ojos, cada noche,
como un desprendimiento de rutina,
los siete velos que Salomé danzaba.
Yo, la cabeza de Juan el Bautista.

Este contrabandista de poemas
con su alijo de versos selenitas
te escribe desde un Mac desordenado
cosas que no se acuerdan ni se olvidan.

247) Entre dos espadas, de Margarita Ballester

¿Qué nos queda?

Queda la suerte del hábito de morir
las hojas de papel dispersas
el cemento sobre la tumba
en la boca del nicho.

Queda la arena adherida al mecanismo
que eleva el hombre que me entierra.

248) Contra el tiempo, de Juan Mollá

El pozo

Has bajado por fin hasta el fondo del pozo
junto al que crece el viejo rosal que tú prefieres.
Has bajado hasta el fondo del pozo
en busca de la Luna,
en busca de algún barco de papel
que perdiste en tu infancia.
Y desde el fondo has visto el abismo del cielo
como una tapa azul implacable.

Has buscado la Luna,
has rastrillado el fondo buscando tu deseo
con los pies en el agua.
Has encontrado sólo una moneda antigua
y el perfume perdido de las rosas caídas.

249) Almanaque de piedra, de Hilario Martínez
Nebreda

El arlequín

He aquí el hombre, con manos
de garlopas y virutas
de un almendro en la memoria.
Espejos rotos. Los pájaros
hablan cristales. Botellas
tinto, voces tinto, tinto
la mirada entre los chopos.
He aquí el hombre... de mudas
cerraduras, asomado
a nosotros por dos arcos
sobre un eje de tuercas.
Las campanas de su mundo
rompen lágrimas. Y ponen
sellos tres patas de un gato.

250) Otoño en el jardín de Pancho Villa, de Manuel
Lacarta

Por morir
mortal será
la hora del adiós
caballo en pos
de mí de ti
de los de aquí

Por morir
reír gemir
inútilmente
asir la voz
al remo
y continuar
andar caer

Por morir
bailar cantar
permanecer
en el gesto
en el disfraz
la careta el reloj.

251) Versos sueltos y atados, de Pablo Martín Laborda

Entrevias

Me gustan los andenes llenos
los sueños de los viajeros que no viajan
siempre mejores que el mejor viaje
las locomotoras antiguas
los vagones azules
la salida de los trenes
las estaciones abiertas
de hierro y de ilusiones
los hijos corriendo
de la mano de sus madres
los besos en la puerta de llegadas
saliendo del horno
ardiendo como panes.

Tras una larga siesta

Enciendo un cigarrillo,
relleno con el humo los solares
antiguos de tu ausencia,
y amanece un orden nuevo
de formas caprichosas y desiertas
No sé cómo, pero al fin
el humo se ha hecho nubes de tormenta

Llueve
 polvo de ladrillo
 en mi cabeza

253) Variaciones sobre el sol y la lluvia, de Ivan Carabaño

La chica de las piernas cruzadas sube al tren de las muchachas en flor

Es mediodía y sorprende
la lluvia de marzo a las compradoras.
Los botellines tintinean
con el trapiés de la prisa,
y los paraguas oscuros
dominan a los marrones.
¿Ese zapato cloquea, percute,
o es más la maza de un juez?
Las botas se pavonean
pisando todos los charcos,
y en el fondo del fresco,
en el segundo plano,
la chica que tenía las piernas cruzadas
monta en el tren de las muchachas en flor.

254) Alavía, de Od. Albille

Hombre Eterno

(Fragmento)

Y nadie te ve

Nadie te mira

Nadie te habla

Y sacaste tu mano de la tierra

Y a la palabra muerte

Le dijiste

Que otro día

Y a la mano siguió el brazo

Y poco a poco fue saliendo

Todo el cuerpo

Y de nuevo caminabas

Desnudo

Cubierto por el polvo

Y ya no tenías que comer

Tú vivías a la muerte

255) Cuatro estaciones para un duelo, Ancla de mi, de
Cristina Álvarez Puerto

Y si acaso volvemos a rozar
con las yemas del corazón
la ardiente angustia del no ser,
ya sabemos al menos
que la entrega sin límites
es un peligroso riesgo, maravilloso también
pues siempre nos levanta el alma
con la redondez del cero
y su alegría.

256) Las cartas que debía, de Rafael Soler
2ª edición

Elogio de un tajo en nuestro cuello

La tristeza es un don malentendido
un mariscal a cuya voz famélicos se alzan
los puños que enarbolan un sudario piadoso
para el sueño de ayer hasta mañana

la tristeza es un charco a cuya orilla llegan
en busca de consuelo los suspiros
y aquel silencio oscuro que habitó entre nosotros

la tristeza mide exactamente lo que mide
del suelo a las ausencias bien plantada

y pesa los domingos la mitad.

257) El pájaro diamante, de Rocío Álvarez Albizuri

Somos un amanecer atardeciendo

Lo que tenemos,
que es muy poco,

huele
a
siembra
quemada.

Somos un amanecer atardeciendo.

258) Camas de hierba, de Héctor Acebo

Juntos hasta la muerte

Aunque tú no estés por la labor
de pasar un verano conmigo,
nuestras soledades se seguirán juntando
eternamente en este poema.

Este poema

que no frecuentas por miedo
a toparte con algún fantasma
tan extremadamente blanco
como el fondo de tus propios
ojos, pies y muslos,
dama del alba.

259) Veinte poemas de amor y una canción
desesperada, de Pablo Neruda

1

Cuerpo de mujer, blancas colinas, muslos blancos,
te pareces al mundo en tu actitud de entrega.
Mi cuerpo de labriego salvaje te socava
y hace saltar el hijo del fondo de la tierra.

Fui solo como un túnel. De mí huían los pájaros
y en mí la noche entraba su invasión poderosa.
Para sobrevivirme te forjé como un arma,
como una flecha en mi arco, como una piedra en mi
honda.

Pero cae la hora de la venganza, y te amo.
Cuerpo de piel, de musgo, de leche ávida y firme.
Ah los vasos del pecho! Ah los ojos de ausencia!
Ah las rosas del pubis! Ah tu voz lenta y triste!

Cuerpo de mujer mía, persistiré en tu gracia.
Mi sed, mi ansia sin límite, mi camino indeciso!
Oscuros cauces donde la sed eterna sigue,
y la fatiga sigue, y el dolor infinito.

260) El envés del espejo, de Manuel Laespada Vizcaíno

No duele la traición, duele la mano
que al látigo o la hiel
le presta el ímpetu, llena los nidos
de un barro que no nace
del vientre de la tierra,
y el verbo o la mirada
dudan entre la sombra o la vergüenza
y buscan acomodo
—refugio para todas la traiciones—
en ese hogar sin puertas
nominado mentira.

261) O bocetos para una sola novela, de Rocío
Cantarero

Me suelo preguntar a qué responde
El hilvanar las palabras y envolverlas
En una enorme sinrazón para los otros
A los que suelo dirigirme
Casi siempre con gestos, sin razones conocidas.

262) Permanencia en el tránsito, de Miguel Velayos

El umbral de la edad

He cruzado el umbral...

Ahora, en el espejo, reconozco los gestos
de mi padre,
facciones de la muerte que me miran igual
que a un hijo pródigo...

La edad es un hogar
cuando llegan los muertos...

263) La hermana muerta, de Santiago Castelo
2ª edición

Es posible que la soledad
se cifre sólo en esto:
ir perdiéndolo todo;
ir consumiendo el aire de tu infancia;
ir clavando más cruces en la agenda...
y que el aire te envuelva
cada vez con más pena
como si ya supiera
que todo tu contorno
se ha llenado de ausencias.
Y no hay quien las compense.

264) Rastros perdidos, de José Luis Nieto Aranda

Despertador científico

Se incendian mis auroras
y salto en parábola
sobre la troposfera de este miocardio
que late amaneciendo.

Las siete.

Lunes, miércoles, abril, septiembre...

(La microgravedad escupe mi cuerpo
hacia el vértice de la rutina).

265) La música de las horas, de Ana María Castillo

Encuentro

El ángel descendió sobre sus senos
con la torpe inquietud
de la fragancia que desciende
por vez primera.

Fue hermoso contemplarlos:
humanos y divinos por igual.

266) De luz, de amor y de ceniza, de José María Lopera

Gracias, mi amor.
Estoy lejos. Estamos lejos.
Pero tan cerca, tan embebidos,
tan en la luz de la luz,
que ya no sé si el alma
que nos respira
es tuya o mía.

¿Lo sabes tú
cuando tu cuerpo escondes
en perfumes de loto?

267) Antropología del asco, de María Moreno Molina

Tengo la edad de cristo
y quinientos pecados capitales
estoy en este monte
el calvario lo llaman y está desertizado
no sé si son cuarenta los años que me faltan
o cuarenta veces siete
cualquier año profético sano a algún compañero
madre
cuida de mis amigos
lázaro ya no anda
sánale los pinchazos de los brazos
madre
he perdido mi cruz
por eso me he caído y nadie me ha limpiado
el rostro
consígueme una cruz y una goma de pelo.

268) Amor sin nombres propios, de Antonio Frías Delgado

A veces, el amor
da nombre a las heridas,
un amor que lastima en los gemidos
con que quiebra el deseo
o con que expira.

Y hay, también, un amor
que invade nuestro cuerpo sin dañarlo,
sin precisar dolor para saberlo vivo
ni el corazón sentir que es exorable,
inmenso como un astro,
completo en sus detalles,
un amor en que el alma y los sentidos
se sumen en los vórtices del gozo
sin tiempo, sin tareas,
por destino.

269) Latidos y desplantes, de Mario Martín Gijón

si la eternidad fuera
esta noche palpitante
junto a tus cabellos

si el corazón humano
no estuviera condenado
a agotarse un día

si la consumación del deseo
no engendrara el hastío
sino aún más deseo

si cada mañana
me despertase el mismo pájaro
con el mismo canto
y siempre diferente

270) Devastaciones, sueños, de Antonio Gracia

El secreto

Cuando sientas que el mundo te derrota,
no intentes combatirlo.

Edifica un castillo en tu interior
y cuelga terciopelos y templanza
en sus muros. Dispón un fuego manso
junto a la mesa de la biblioteca.

Mira el cielo brillar entre las llamas
y los libros. Inúndate de luz
en la frágil belleza de los cuadros.

Escucha el clavecín mientras tu pluma
persigue en la escritura algún sosiego.

271) Francisco Seijo, Ensayando la inocencia

cuaderno regional

La luna es un fracaso de planeta,
aunque no quiera personalizar,
hoy, que ya es verano,
y se nos muestra en todo su esplendor yermo.

Me desdijo un selenita
alabando los grises encantos

de su tierra,
digo luna,
digo patria.

Que sin duda no aprecian
las hordas de turistas foráneos
intrigados por esa cara oculta
y ese no tan misterioso pasado de satélite
que piensan para sus adentros,
mi única nación es la imaginación.

Autoayuda

El corazón como un tiburón agonizante
rodeado de delfines que se ríen de él y le recuerdan
que una vez fue fuerte y sanguinario. El hijo
que jamás tendremos y los padres
que nunca lograremos ser. Sangrar
en medio de la noche al soñar con drogas y con sexo.
Mi Dios vive en todas las estaciones, en cada baile
y cada gota de esperma, en todos los calendarios
y todas las fotos en las que he sido carne
que daba o recibía como un animal joven
que posa con una sonrisa en los labios
antes de que sus huesos sean descubiertos
y este poema sea un himno entre cazadores.

273) Unción de enfermos, de Diego Román Martínez

Si pudieras ver lo que yo veo,
con qué claridad se diagnostica
el estado lamentable en que te encuentras
tirada en el sofá mientras te pasa
la vida de largo,
si tuvieras voluntad de levantarte,
de salir con la cabeza bien alta
mirando a los ojos de la gente,
si gritaras que no o que sí,
si decidieras algo
lejos del no saber que te consume,
la fiebre bajaría lentamente
y otro gallo cantaría.

274) Nostalgia de siglos y Con estas mismas distancias, de Leopoldo Alas

Marquesa

Marquesa, no te muerdas las uñas,
no lamentes las pérdidas,
no vivas a solas de la vitalidad
de días lejanos,
no dejes que las lágrimas, marquesa,
derritan tus pestañas negras,
ni titubees cuando el foco dorado
te acose...
Marquesa, no te caigas de los tacones
aunque tiemblen las tablas
y las candilejas.
No te quites las pieles.
No sueñes en voz alta.
Y si padeces, marquesa, hazlo en silencio
y déjate turbar
por algún aplauso de butaca de patio.
No te muerdas las uñas, marquesa.

275) El guapo, de Vicente Simón

Balthusiana

Perdida en luces turbias
se sentaba en la acera,
y posaba en los ojos
un vagar de gitanos
como posa septiembre
su tristeza en abril.

Se llamaba Thèrese, me dijo con acento.
Buscaba
de las noches adultas, su estatura;
de los hombres terribles,
—torpemente—,
lecciones de guitarra
rascadas en el vientre.

276) Libre de pecado, de Paola Herrera Ledesma

Devórame

Devórame a tiempo el rastro
que dejamos al tocarnos libres.

Cuando a golpe de temor
las mentes nos hacían caer
en los concilios de la duda.

Devórame despacio y sin prisa
que mañana olvidamos y dejamos,
y queremos y buscamos;
lo que por hoy se nos ha hecho poco
y que mañana seguro...

se nos hará la nada.

277) Retorno de la voz, de David Morello Castell

Aquí no vive nadie de aquí.
A los que nacen los llevan,
los que se mueren se van.
En esta tierra seca sólo campa el viento.
Violento el viento
se lleva a oscuras el agua.
Y vienen aquí, vienen a morir
y todos mueren.

278) ¡Oh, este viejo y roto violín!, de León Felipe

Con el violín roto

¡Qué mal suena este violín!
León Felipe, vas a tener que comprarte otro violín...
-¡A buena hora...! ¡A los 80 años!
¡No vale la pena!
Con este mismo violín roto
voy a tocar para mí mismo
dentro de unos días “Las golondrinas”,
esa canción ¡tan bonita!
que los mexicanos cantan siempre
a los que se van de viaje.
¿Cómo empieza?
¡Adiós...! ¡Adiós...!
Cagh, Cagh..., ¡qué ronco estoy!
En verdad que suena muy mal este violín...
Pero con él tengo que tocar todavía
unas cuantas canciones
que se me olvidaron en mis *Obras completas*.
No quiero que se queden perdidas
en el barullo de mis papeles inútiles.
Creo que no os van a gustar
pero no tengo otra cosa...
ni otro violín...
Y no puedo marcharme sin tocarlas
precisamente en este mismo viejo y roto violín.

279) Cibernáculo, de María del Valle Rubio

Otra noche sin ti (¡tantas noches sin ti!), tantos siglos de espera. Quizás yo te esperaba y tú no habías nacido. Nadie sabe por qué te retrasaste. Nadie sabe por qué me adelanté. Y ahora intento negociar con la vida una tregua para seguir amándote.

280) El violín debajo de la cama, de Inés María Guzmán

Tu bendita locura

Tu locura, rebelión de las aguas,
tu locura, el corazón del mar,
la roja sangre que la sala ilumina.

Tu locura también
es contemplar tus manos
sosteniendo heliotropos.

281) Un jardín contra la muerte, de José Luis Fernández Hernán

1 (fragmento)

Contra la muerte tengo este jardín en el que ahora no estoy y por eso empiezo por aquí, por el deseo. Jardín con puertas grandes, de carro, no para salir, ni casi para entrar, puertas para cerrar, jardín que forma círculo para mirar el ruedo del cielo donde se copian aves, lentas o pequeñas, altas o en el corazón, jardín en clausura donde pocas visitas son bien recibidas y que tiene una fuente de grifo: si tengo sed abro.

282) La espuela y el halda, de Ana S. Díaz de Collantes

Los minutos

Anidan,
cardinales y difuntos,
en oquedades a millares de este tiempo
(o días, o horas, o siglos).

Incuban minas de instantes sin fin,
sin luz y sin noche, sin
ahora ni mañana.

Ahí están entre el latido de las sombras,
en esta sombra que no acaba.

283) Canto cotidiano, de Juan Carlos Ortega

Mirando hacia atrás con ira

Como quien tira al río
sus últimas monedas
nos lanzamos ayer violentamente
sórdidos reproches
durante tanto tiempo enquistados...

Hay noches
que dejan amargo el paladar,
noches que no habrá manera
de hundir
en las aguas del olvido
aunque después nos digamos
que sí, que nos amamos
y que, a pesar del dolor,
no nos imaginamos la vida
del uno sin el otro.

284) El ajimez de la casa de piedra, de Francisco Vaquero
Sánchez

Cuánta emoción de río en la elocuencia
de las lágrimas.

Con cuánta prisa el alba se despereza,
cómo busca
entre la niebla
tu figura.

Cómo se ciñe
a tu cintura.

Con qué humor áureo se detiene.

Baila la perinola sobre tu cama.

El compás de la diana te despierta.

Se arremolina la Pública de las fiestas.

Tras el ajimez, entre el humo de los cohetes,
te descubro...

Gigantes y cabezudos corretean las calles empedradas
ante la risa temerosa de los niños.

Mi perro ladra desde la hondura del pozo...

Con cuánta prisa el alba se despereza,
cómo busca
entre la niebla tu figura.

285) No están ciegos los poetas, de José M. Prieto

Popularidad

Sin haberle pedido permiso sale en la foto
y está ahí,
mirando de frente a quien quiera verle,
es noticia,
a lo largo del día
le pintarrajean.

283) Cuaderno de paseo, de Miguel Ángel Manzanás

Babel

(fragmento)

He venido a esta dulce
ciudad centroeuropea
como gato que ansiara
su residuo de leche,
a la caza de un ósculo dorado
he viajado hasta aquí,
como precisa el ojo
su manto de pestañas,
como el ciego requiere
su bastón cotidiano.
Y supo la ruleta
girar en buen sentido:
supo darme primero, generosa,
la mano y el aroma
de la mujer amada;
supo darme después, inteligente,

287) Manual de tinta, de Nieves Viesca

Librerías

Ciudades habitadas
-por lectores-
que buscan nuevos días.

Que buscan nuevos días
-estudiantes-
en puntos diferentes.

En puntos diferentes
-del estante-
la magia siempre espera.

288) Ana Frank no puede ver la luna, de Pablo Méndez

Joan Báez recoge las flores del jardín

Mi madre y yo
escuchábamos a Joan Báez
en La Berzosa,
al caer la tarde, mientras prendían
las primeras estrellas.

Aquellas canciones: *The rose,*
Con tres heridas, La paloma,
Cielo de noche...

Ay, Joan Báez, recoge tú ahora
las flores del jardín,
vengo con la herida de la muerte,

y no me bastan las canciones.

289) Filosofari, de Carmen Bermúdez Melero

El reto a la esperanza

Los dos estamos expectantes:
el tiempo, piadoso, va despacio
yo, contra todo pronóstico, esperando,
queriendo remover lo establecido
con solo los poderes de la mente.

Espero, sin embargo, como espera
el suelo sediento de la nube,
como necesita una mano de otra mano
o la palabra sentida del amigo;
me adentro en caracolas de mis sueños.

Espero y me alimenta esa esperanza,
por ella he viajado en todas direcciones
colgada de sus alas, a países virtuales
adonde es posible, en el espejo del deseo,
adentrarse, explorar, o perderse con lo inédito.

290) Mujeres que aman a mujeres, de Josefa Parra,
Odette Alonso, Ana Tapia, Txus García, Begoña Callejón,
Laura Cancho, Mado Martínez, Laia López, Verónica
Aranda, Ana Rodríguez, Ruth Llana

XENÓCRATES RECUERDA A UNA MUJER

Te vi salir del mar, dorada, húmeda, atenta
al clamor silencioso que producía tu imagen.
No olvidaré tu cuerpo desnudo. Cada tarde
vuelvo a la orilla donde te acarició la espuma
las rodillas dulcísimas. Y te recreo en el aire
detenido. No olvido tu cuerpo deseable,
tus muslos relucientes, tus senos...

Me he entregado
a las esferas áridas, frías, de las ideas,
buscándome el refugio que tu piel no me ofrece.
Pero en vano. No olvido tu cuerpo de agua ardiendo.
Y en los libros no veo más que tus líneas.

Sigan
los locos atenienses pensando que soy sabio.

Josefa Parra

291) Somos materia desechable, de Luis Antonio
González Pérez

Saxofón y humo para las noches
en que no apareces.
Una taza vacía
cuenta el eco de tu imagen.
Tengo la luz prohibida
para tu nombre.

Suenan agudas todas las melodías,
solitarias notas,
semitonos perdidos,
temerosas sombras de madrugada.

Hoy duermo sólo, como cada noche
desde que te conozco.

292) El extraño que come en tu vajilla, de Francisco
Najarro

Poe(mi)ca

Si apago la televisión me veo,
si le bajo el volumen a la radio
me escucho respirar.

Soy una noticia terrible.
Debería hacer lo que la gente hace,
hablar sobre las penas de los otros.

293) Los espacios vacíos, de Carlos Guerrero

Incomprensión

Me miras sin piedad, abiertamente,
como se mira a un cuadro que cuelga en la pared
sin defensa posible;
como miras la noche sabida desde antes;
y me siento perdido,
y abrasa tu mirada, que taladra mi nuca,
mi sexo y mi costado, y quisiera decirte,
pero tengo los labios soldados a tu nombre.

294) Entre menhires, dólmenes, túmulos... y calvarios,
de Eduardo Martínez y Hernández

**Adagio lamentoso
(fragmento)**

Amo saber que dejo
escrita mi palabra
en el tiempo, en el eco
caprichoso y volátil
de velos intangibles,
etéreos, ondulantes
en transparentes brisas,
acariciantes soplos,
ingrávida caricia
hundiéndose en la Lete
surgiente del olvido.

295) Los chinos, de Nicolás Melini

Recreo

(Fragmento)

La plaza de Santo
Domingo atestada de niños... Resultaba
difícil andar
sin
que ninguno chocara
contigo en medio
de
su carrera o
de la tuya,
dabas
dos
pasos
y
tenías

296) Cine negro, de Francisca Gata Amate

Preparad toda vuestra tristeza compañeros,
que triste se derramen vuestras copas,
que los relojes quiebren su letanía. La sangre
en un reguero de la muñeca de labios pintados.
La claridad rotunda de su piel,
aquella que sentíamos como animales.
En el misterio del alcohol la llamábamos
por su nombre:
Estrella sin cielo ya. Ahora resulta inútil amarla.
No la habéis visto detenida en la belleza y su sonrisa
preparada para el diablo.
Sus pechos hablaban de todos, hasta del último
que la gozó y el comisario ha vomitado junto
a un árbol. Sin bolso y con las medias rotas.
No hay familia, no habrá lágrimas de madre,
sólo nosotros la lloraremos.
Era bonita y ahora
su vientre habla a algún forense.

297) Rayando la luz, de Helena Junyent

Luz de paja

ah... si mi linterna ya no me guía
¿a qué colgar un farol a las puertas de

a qué umbral dime tú a qué luz
si arriba y abajo

al pie de ambos portales
puerta aldaba casa y tú

somos incendio?

298) Satisfacción, de Leonardo David Segado

**Te tritura
El gáznate.
Es la soledad.
Es claramente
Un asesinato lento.**

299) Acuario en Capri, de Ramón Hernández

ausencia

tiembla mi orfandad
como el mercurio
en este sangriento amanecer
donde te añoro
tiene mi maldición
como un tesoro escondido
en los abismos secretos
de tu ausencia

tiene mi amarga sed
dulce presencia
imaginaria y remota
sin tus ecos

tiene el viento estremecido
aquí tu voz
tu plata ardiente
flor de mi memoria

tienes tú la íntima
clave de mi historia
prisionera en el vacío paraíso
de un edén sin dios

300) Áspero mundo, de Ángel González

Aquí, Madrid, mil novecientos
cincuenta y cuatro: un hombre solo.

Un hombre lleno de febrero,
ávido de domingos luminosos,
caminando hacia marzo paso a paso,
hacia el marzo del viento y de los rojos
horizontes –y la reciente primavera
ya en la frontera del abril lluvioso...–.

Aquí, Madrid, entre tranvías
y reflejos, un hombre: un hombre solo.

–Más tarde vendrá mayo y luego junio,
y después julio y, al final, agosto–.

Un hombre con un año para nada
delante de un hastío para todo.

301) Iliria, de Miguel Ferrando

Hacia el silencio

Más hendido que yo, sólo el silencio,
roto por mí, arenisca de mis versos.
Eremita pálido de la montaña,
quietísimo viajero, caballero
que entierras los caminos del amor.
¡Cuánto mueren mis palabras!
¡Cuánto matan mis pasos! ¡Cuánto destruyen!

Más hirviente que yo, sólo mi centro,
sólo esa nada de la habitación del alma,
ese pozo abisal, ese mercurio,
esa sombra de infierno general
que al escuchar mi oración fluye infinita.
Eremita último de la montaña.
¿Tengo ya que callar?
Nada huele tan limpio,
nada llega tanto a la verdad
como el silencio.

302) Anteluz, de Mario Riera

Celebración

**Hace ya algún tiempo
que la botella de cava selecto
espera pacientemente en la nevera.
El motivo de celebración no llega
así que cualquier día de estos
(antes de que pierda su *bouquet*)
la descorcho para celebrar
que ya estamos muertos.**

303) El color de la tinta, de Nicolás del Hierro

Fugaz

Alguien me dijo: escucha.
Pero sonó su voz como un gemido
y preferí seguir sin darme cuenta.

Tuve miedo quizás.

Después pensé... Volví.
Pero fue inútil.
Ya no había remedio.

El cuerpo se hizo nada
y el eco se esfumó por el espacio.

304) Techo y raíces, de Aurora Muñón

XXVIII

Ese momento íntimo, tan íntimo y tan solo,
en que la luz se alza e ilumina la vida,
el dolor de no ser se explicita y se expande,
nos envuelve una capa caliente de verdad,
arde la nada nuestra hasta llegar al hueso,
hasta dejarnos limpios de escorias y de lodos,
limpios para un abrazo que niega cualquier ansia.

305) Hombres del esparto y la ballena, de Hilario
Martínez Nebreda

Yo vengo de la estepa.
Abandoné llanuras... y los páramos
para hacer un nido entre gaviotas.
Conmigo va el martillo de la fragua,
cansancio gris de mar
y un ancla en la canción.
¡Nombres!.. Desgañitado sobre proa
bal-bu-ce-o los nombres como niños:
¡An-drés!... encaramado a las ballenas
trenzaba nuestras redes con Gon-za-lo
el hijo de Jo-sé. Ja-cin-to, el joven,
Tel-mo y An-tón, viejos lobos de mar.
Salivas que se duelen
de sal, contra las rocas.

306) Diálogos Inter Nos, de Manuel Emilio Castillo

Simulacro

Desvisto tus carnes perfectas entre nubes
de caricias y dilemas,
tras esa retahíla de comedias carnavalescas
y de aromas venéreas,
mas sufro los expolios a la vida.

Exploro el cielo y el infierno,
encubro fantasmas en lo increíble,
mas pierdo esta tinta y supero mis desórdenes,
al pie de tus facciones sin edad.

307) Ascuas de Luna, de Vicente Enguix

Carmen

Te has instalado dentro,
profunda
como un dardo opiáceo.

Tu nombre ahora es mi aire;
tu carne, mi sustento.

Me traiciono
inventándome horizontes
que después son mi dédalo.

Cada vez que te tomo es otra dosis
consciente del veneno.

308) Callado canto, de Fina Doménech

III

Viento en los pasillos.

Lamento en los acantilados.

Si miras bien

es sólo un hombre.

Hay sillas de plástico rojo,

sobre un suelo de mármol,

bajo techos claustrofóbicos.

La puerta gris sigue cerrada

y arde mi pecho.

309) Al comienzo del día en la orilla del mar, de Jesús
Ayet

HERIDA DE LANZA EN EL COSTADO

(33) Porque te quiero tanto que cada Aguja de Pino se me clava en la Piel para recordarme que si no estás conmigo escuecen como el Vinagre las Heridas.

(34) Te quiero tanto que en el Costado se me está abriendo una Brecha como si una Lanza enemiga se me hubiera clavado sin que nadie ose arrancármela.

(35) Te quiero tanto que sólo sobrevivo pensando en oír tu Voz aunque sea en Sueños.

(36) Y por eso quiero soñarte y volverte a soñar para sentir tu misterioso Abrazo.

(37) Te quiero tanto que te sueño feliz y soy feliz y eso me da Fuerza para seguir esperándote y amándote en mi Fantasía.

(38) Te quiero tanto que cuando te vuelva a tener frente a mí te fundiré conmigo –me fundiré contigo.

(39) Hasta que mi Costado quede sano y ni una Gota más de Sangre se derrame.

(40) Porque por fin tu Corazón y el mío vuelvan a latir al Unísono y tus Venas y las mías formen un solo Sistema inseparable.

(41) Tuyo soy para siempre. Tuyo soy para siempre.

310) Divino Carnaval, de Miguel Galanes

En la ciudad hay fiesta y danza,
y cantarán así los cuervos,
sobre algodón de muselina;
malditos como las serpientes,
sin el pijama de los dioses.

Semejante al desnudo, frío
de alacrán, junto a un ángel
bueno, sin miedo se revuelcan
siglo veintiuno en su comienzo
y la agonía en la caja
y en el chequeo mucho antes
de su dormir. El aquelarre.
La ciudad es danza y fiesta.
Latón, chacona y parterre,
jardín de plástico, escenario.

311) Estancia entre Dosluces, de Helena Junyent

8

delante del los ojos
está el espejo

ahí está todo
pero no se ve nada.

312) Emerge la alborada, de Manuel Ángel Rabalo

Dime, Amor,
quién eres.
Dime, locura suave,
dónde duermes tus horas,
dónde sueñas mis besos.
Dime, ladrón de pensamientos.
Dime, jardín de destierros.
¿Es, acaso, mi prisión
tu lecho?
¿Dónde guardas mi tiempo?
¿Dónde descansa mi anhelo?
Vuélvete a mí,
regala tu mirar
a quien su alma robas.
Consuela con dulzura
las heridas que provocas.
Dime, Amor, dónde yaces.
Dime, Amor, dónde brotas.
Dime, Amor, cómo mueres.

313) Escritos de lápiz de labios, de Germán Guirado

Siempre me ha fascinado
la figura de las antiguas plañideras.
Hay días en los que yo hubiera sido
un magnífico profesional.

314) Un árbol llamado Iguana, de Felipe Rubio

Miedo

Miedo

Miedo

Mi alma
no sirve
para adornar
las cunetas

315) Era Pompeia, de Federico J. Silva

en eterna flor presérvate poppea
guarda tu belleza y sé
libre y sabia mucho tiempo
tu compromiso con nerón
un mal presagio encierra
la leche de las quinientas burras
que desde ayer te escoltan
el gusto te ha mudado
te matará la cox de una mula estoica

qué artista vive en él
ecce émulo de lucio anneo
cerca de unos prados
que hay en tu lugar
toca la lira
por casualidad

316) Hablando en plata, de Mario Zunzarren

XXXI.- Puebla de Sanabria–Lubián
(fragmento)

Aún duermen las orillas del Tera,
vergonzoso y dócil. En los cielos,
al relente de la noche, un castillo como faro.

Tomo una senda plagada de trinos,
paralela al río, con un levitar atrapado
por mis deseos de inmortalidad.

¡Cuánta quietud en las hojas heráldicas
de estos robles sin heridas!

317) Memoria y presente, de Makoto Ooka

Creación casual

Como el aire,
la gran poesía
no se ve.

Aunque se pueda escribir,
nadie
la ve.

Porque todos nosotros
la estamos respirando.

318) El mar en el buzón, de Raimiro Gairín

Escribiré miedo sólo una vez.

Miedo a nada en concreto como todos los miedos. Miento: miedo a que no regreses sin haberte marchado. A que desaparezcas cuando te esté mirando. Miento: miedo a no demostrarte, a que no seas alguien realmente. Miedo a no discernir lo que tiene que ver sólo contigo. Miento: miedo a que no perdones que estaba distraído cuando sucedió todo. A que tú sola tengas nuestro miedo. La costumbre de hacerme preguntas en pendiente.

Escribiré miedo sólo esta vez: miedo a que antes ya fueras feliz.

319) Álgebra de la memoria, de Miguel Cuervo Mir

Mundi et orbi

Leo poemas
para no escribirlos,
aunque algunos me duelan tanto.

Alimento la admiración
y el odio
lejanos,
sin moverme,
frente al televisor.

No hablo por no molestar,
por no equivocarme,
porque cada vez me cuesta más,
porque cada vez se me entiende peor.
Pago religiosamente mis facturas
por todo el plástico, la ficción y el ciberespacio,
para seguir desconectado
de una carne cada vez más disidente.

Colección Covarrubias

- 1) Trazado de la periferia, de María Ángeles Maeso
- 2) Protocolo del hastío, de José Siles González
- 3) Cabos sueltos, de Paloma Rueda
- 4) La ansiedad afilada, de Carlos Podadera
- 5) El niño azul, de Alfonso Gil
- 6) Volar a ras de cielo, de Benjamín Pérez Cobo
- 7) Aquí y allá, de Mills Fox Edgerton
- 8) La rosa azul, de Mills Fox Edgerton
- 9) Santo Sepulcro, de Antonio Enrique
- 10) Mas que probable, de Xaviel Vilareyo
- 11) Exaltación (De vida), de Fernando García Román
- 12) Poemas como rostros, de Luciano Priego
- 13) Caballero Lancelot, de Juan José Almenara
- 14) Poemas de carne y hueso, de Agustín Romero Pareja
- 15) El poeta que fue jueves, de José María Espinar

- 16) Azul todavía el color de tus ojos, de Juan Molina Morales
- 17) Correspondencia con la vida, de Agustín Romero Pareja
- 18) Iniciales, de varios autores
- 19) Lluvia en el cristal, de José María Carnero
- 20) Neruda desnuda, de Julio Santiago
- 21) Pasajero a Ítaca, de Eduardo Fernández-Fournier
- 22) Hilando lunas, de Ángel Luis Romo
- 23) Palabra y Misterio, 31 poetas frente a Dios, de Juan Polo Laso
- 24) El bostezo de la nuca, de Julio Santiago
- 25) Destellos de una existencia, de Antonio Quesada Sánchez
- 26) Cuando las horas fugaces, de Carlos Castaño
- 27) Mujer de agua, de Santiago Santana
- 28) Se diría que nadie, de Angel Luis Romo

- 29) El decurso inesperado, de Raúl Losáñez
- 30) Palabras a destiempo, de Francisco Montesinos
Lahoz
- 31) Desde el otro lado del espejo, de Antonio José Quesada
Sánchez
- 32) Metales en la voz, de Ángela Álvarez Sáez
I Premio de poesía Gran Hotel Canarias
- 33) De canela y verso, de Julio Santiago
- 34) Inclemencias de un cardo borriquero, de Luis Miguel
Rodrigo
- 35) Presencias figuradas, de Rafael González Serrano
- 36) El último deseo, de Luis Martín Vivas
- 37) Secreto a dos voces, de Julio A. Espino
Noval
- 38) Habitación a oscuras, de Carlos Pintado
- 39) Los versos reventados, de Óscar Sobral
- 40) Pensamientos de aquel día, de Fernando de Miguel
- 41) Más allá de todo tiempo y todo anclaje, de José
Rodríguez Chaves

- 42) Manual de fingimientos, de Rafael González Serrano
- 43) Eternidades, de Agustín Romero Pareja
- 44) Cuaderno de Roma, de Antonio J. Quesada
- 45) Más allá de todo tiempo y todo anclaje, de José Rodríguez Chaves
- 46) Mientras la vida pasa, de José María Carnero
- 47) Ficciones de carretera, de Aurora Pintado
- 48) Poblar un mundo, de Eduardo Merino
- 49) Los versos de la ausencia y la derrota, de José Cercas Domínguez
- 50) El sol en la espadaña y otros días, de José Rodríguez Chaves
- 51) Paisajes de un mar infinito, de Roberto Ingénito
- 52) Poblar un mundo, de Eduardo Merino
- 53) Los versos de la ausencia y la derrota, de José Cercas
- 54) Mientras la vida pasa, de José María Carnero
- 55) Poesía depilada, de Julio Santiago
- 56) El ángel azul, de Salvador Mira

- 57) El sol en la espadaña y otros días, de José Rodríguez Chaves
- 58) Insistir en la noche, de Rafael González Serrano
- 59) Paseos simultáneos, de Jordi Corominas i Julián
- 60) Asaltar al cielo, de Salvador Mira
- 61) Poemas agrestes, de César Díaz-Carrera
- 62) Horizonte al noroeste, de José María Garrido
- 63) Mis sombras, de María Sol Durini
- 64) Segura tierra, de Vicente López-Ibor Mayor
- 65) Poesía depilada II, de Julio Santiago
- 66) Soy tan blanco que cuando palidezco desaparezco,
de Iñaki Echarte Vidarte
- 67) La vía del Loto, de Carlos Bruselario
- 68) Suma y sigue, de Manuel Parra Pozuelo
- 69) Oceanografías, de Jordi Corominas

Colección Plaza Mayor

Enredos de luz, de Marta Rubio Aguilar

No te enamores del hijo de un ferroviario, de Javier Peñas Navarro

Las horas descontadas, de Carlos Guerrero

Escritos de la zona oscura, de José Elgarresta

Otros libros

El escarabajo boca arriba, de Sergio Rodríguez

Al pie de las estatuas, de Alfonso Berrocal

T, de José Elgarresta

Retablo de espantapájaros, de Angel Méndez Bernal.

Para empezar, de María José Perez Grange

Memoria del provenir, de Álvaro Morales

Memoria de Libertad, de Julio Santiago

Espejo de la tierra, de Rita Geadá

(Premio Luys Santamarina, Ciudad de Cieza)

La sed de los metales, de José María de Juan

(Premio Luys Santamarina, Ciudad de Cieza)

Luz para comer el pan, de Pascual García

(Premio Luys Santamarina, Ciudad de Cieza)

Sin más demora, de Juan José Alcolea

(Premio Luys Santamarina, Ciudad de Cieza)

Miré los muros de la patria mía, de Manuel Pérez-Cassaux

(Premio Luys Santamarina, Ciudad de Cieza)

Unverso, de Alfonso Gota
(Premio Eladio Cabañero)

Memoria de retorno, de José Vicente Sala
(Premio Eladio Cabañero)

Hálito, de Miguel Ángel Curiel
(Premio Eladio Cabañero)

Cuaderno de San Bernardo, de Leopoldo de Luis
(Premio Paul Beckett)

El mundo convocado, de Juan Antonio Marín
(Premio Cáceres, Patrimonio de la Humanidad)

Otra vez Bartleby, de María Rosal
(Premio Cáceres, Patrimonio de la Humanidad)

Los espejos de la memoria, de Miquel López Crespí
(Premio Cáceres, Patrimonio de la Humanidad)

La soledad del nómada, de Juan José Vélez Otero
(Premio Cáceres, Patrimonio de la Humanidad)

Por una elevada senda, de Antonio Gracia
(Premio Paul Beckett de poesía)

El felino dormido, de Francisca Gata Amate
(Premio Paul Beckett de poesía)

El arte de los sueños, de Mariano Altemir
(Premio Paul Beckett de poesía)

Poemas contra la guerra, de varios autores. 2ª edición

Veinte años de poesía en veinte años de café
(Premio Cafetín Croché de poesía)

Trazado de Hierro, Homenaje a José Hierro de varios autores, introducción y selección de Antonio Marín Albalade.

Pide un deseo, de José Carretero

Anecdotario vital, de Juan Pablo D'Ors

Alcalá blues, de Pablo Méndez

Obra del fugitivo, de Reinaldo García Ramos
(Premio Luys Santamarina, Ciudad de Cieza)

El libro de las excusas, de José María Pinilla
(Premio Luys Santamarina, Ciudad de Cieza)

La sombra del alcaudón, de Aurora García Rivas
(Premio Ateneo Jovellanos)

El habitante herido, de Miguel Palancares.

La bolsa y las monedas, de Antonio García de Dionisio
(Premio Luys Santamarina, Ciudad de Cieza)

Jesús en el desierto, de Jesús Ayet.

La diferencia entre Pepsi y Coca-Cola, (Antología de poesía americana contemporánea), Traducción y edición de Julio Mas Alcaraz.

Vive o Muere, de Anne Sexton. Traducción de Julio Mas Alcaraz. Prólogo de Maxine Kumin.

De islas y pleamares, de Yose Álvarez-Mesa
(Premio Luys Santamarina, Ciudad de Cieza)

Night Club para alumnas aplicadas, de Berta García Faet
(Premio de poesía Pastora Marcela)

Memoria de nuestros clásicos, de José López Martínez

Gotas de plomo, de Mills Fox Edgerton

Es el mismo navío el que nos lleva, de Pedro Javier Martínez
(Premio Luys Santamarina, Ciudad de Cieza)

Desterrados, de Francisca Gata Amate
(Premio de poesía Pastora Marcela)

Panorama, Versos pintados del Café Gijón

Salir ileso, de Raúl Nieto de la Torre

El pájaro diamante, de Rocío Álvarez Albizuri
(Edición de lujo)

Los poemas de los cudriales, de José Ángel Losada
(Premio de poesía Pastora Marcela)

Hijo de mortales, de Alberto Lauro
(Premio Luys Santamarina, Ciudad de Cieza)

Las diez últimas horas del Titanic, de varios autores
2ª edición

Índice de autores

Ada Menéndez, 180
Adela Campos, 52
Adolfo Burriel Borque, 144
Agustín Romero Pareja, 279, 280, 282
Alberto Caffarato, 16
Alberto Escarpa, 100, 106
Alberto Infante, 84, 110, 240, 345
Alberto Lauro, 345
Alberto Martínez Romero, 231
Alejandro Fernández-Osorio, 175
Alejandro Céspedes, 159
Alfonso Berrocal, 8, 21, 128, 180
Alfonso Gil, 174
Alfonso Gota, 8, 15, 182
Alfredo Piquer, 201
Alfredo Rodríguez, 178
Álvaro Morales, 291
Ana García Cejudo, 99
Ana Ares, 158
Ana María Castillo Moreno, 271
Andrés Sorel, 222
Ángel González, 306
Ángel Luis Romo, 279, 280
Ángel Méndez Bernal, 181, 249
Ángel Mora Casado, 246
Ángel Poli, 226
Ángela Álvarez Sáez, 129, 281
Ángel A. López Ortega, 207
Ángela Bocero, 235

Ángela Pérez Ovejero, 18, 27
Ángela Reyes, 152
Ángeles Navarro Guzmán, 189, 250
Antonio Cubelos, 191
Antonio Daganzo, 120, 223
Antonio de Padua Díaz, 42
Antonio Enrique, 239
Antonio Frías Delgado, 274
Antonio García de Dionisio, 293
Antonio Gracia Calvo, 240
Antonio Gracia, 252, 228, 276
Antonio Hernández, 187
Antonio José Trigo, 20
Antonio Machado, 74, 166
Antonio Marín Albalade, 32, 70, 182, 211, 293
Antonio Quesada Sánchez, 279, 280, 281
Aurora Muñón, 310
Aurora García Rivas, 292
Aurora Pintado, 282
Beatriz Cort, 31
Beatriz Mori, 205
Begoña Montes Zofío, 126, 194
Benjamín Pérez Cobo, 279
Bernardo Casanueva Mazo, 202
Berta García Faet, 294
Blas de Otero, 166
Bruno Galindo, 39, 58
Calderón de la Barca, 166
Carlos Ávila, 87
Carlos Alfaro, 127
Carlos Bruselario, 331
Carlos Castaño, 330
Carlos Guerrero, 299, 317

Carlos Pintado, 330
Carlos Podadera Cobos, 329
Carlota Vicens, 12, 89, 204
Carmelo Sánchez Muros, 109
Carem Bermúdez Melero, 295
Carmen Conde, 86
Carmen Moreno, 185, 296
César Díaz-Carrera, 332
César Ibáñez París, 142
César Vallejo, 218
Claudio Rodríguez, 166
Cristina Álvarez Puerto, 261
Dámaso Alonso, 48
Daniel Astur Vega, 45, 90
Daniel Benito, 47, 165, 184
David Morello, 283
Diego Román Martínez, 279
Daniel Casado, 59
Deborah García, 61
Dolors Alberola, 143
Domingo F. Faílde, 153
Eduardo Fernández-Fournier, 331
Eduardo García López, 112
Eduardo López Pascual, 145
Eduardo Martínez y Hernández, 300
Eduardo Merino, 331
Eduardo Sopeña, 167
Emilio del Río, 156
Emilio Prados, 38, 238
Ernesto García López, 26
Ernesto Uría, 157
Federico García Lorca, 118, 166
Federico J. Silva, 321

Felipe Rubio, 320
Fernando Alonso Vega, 108
Fernando Beltrán, 13
Fernando de Miguel, 331
Fernando García Román, 329
Fernando Pessoa, 115
Fina Doménech, 314
Francisca Gata Amate, 343, 302
Francisco Caro, 102
Francisco Ceijo Maceiras, 136, 277
Francisco Cenamor, 60, 132
Francisco Mena Cantero, 172
Francisco Montesinos Lahoz, 176
Francisco Najarro, 298
Francisco Vaquero Sánchez, 290
Fray Luis de León, 166
Gabriel Celaya, 65
Germán Guirado, 319
Gloria Fuertes, 7
Góngora, 166
Guillermo López Lacomba, 46, 80
Gustavo Adolfo Bécquer, 103
Héctor Acebo, 264
Helena Junyent, 303, 317
Hilario Martínez Nebreda, 255, 311
Ignacio de Almagro, 162
Inés María Guzmán, 286
Iñaki Echarte Vidarte, 333
Isabel Cadenas Cañón, 220
Isabel Delgado, 241
Isabel de Rueda, 104
Isel Rivero, 135
Iván Carabaño, 176, 259

Izara Batres, 195
Jacinto Herrero Esteban, 111
Javier Bizarro, 155
Javier Cristóbal, 258
Javier García-Cellino, 76
Javier Peñas Navarro, 147, 207
Javier Pérez-Castilla, 68
Javier Reverte, 345
Jesús Amado Muguercia Correa, 212
Jesús Aparicio González, 171
Jesús Ayet, 11, 71, 168, 294, 315
Jesús Javier Lázaro, 92
Jesús Llorente Sanjuán, 14, 278
Jesús Mauleón, 229
Jordi Bresoli, 165
Jorge Martín, 82, 134
José Ángel Losada Gahete, 345
José Ángel Valente, 106
José Barba, 146
José Carretero, 343
José Cercas, 200
José Elgarresta, 10, 17, 28, 73, 181, 188, 337, 345
José Ignacio Serra, 81
José Infante, 178, 245
José Luis Fernández Hernán, 123, 287, 345
José Luis Molina Martínez, 51
José Luis Nieto Aranda, 161, 270
José Manuel Caballero Bonald, 170
José María Carnero, 242, 200
José María de Juan, 295
José María de la Quintana, 23
José María Espinar, 64, 78, 97
José María Gómez Valero, 93

José María Herranz, 83
José María Lopera, 272
José María Milagro-Ariteda, 124
José María Pinilla, 344
José María Prieto, 130, 186, 291
José Rodríguez Chaves, 330, 331, 332
José Ramón Huidobro, 54
José Sánchez Tortosa, 251
José Siles González, 329
José Vicente Sala, 341
José Villacís, 122
Jordi Coromias i Julián, 333
Juan Antonio Marín, 342, 183
Juan Carlos Martínez Manzano, 36
Juan Carlos Ortega, 285
Juan José Alcolea, 342
Juan José Almenara, 239
Juan José Álvarez Galán, 230
Juan José Vélez Otero, 252
Juan Luis Panero, 210
Juan Manuel Macías, 66
Juan Molina Morales, 174
Juan Mollá, 254
Juan Pablo D'Ors, 342
Juan Pedro Carrasco García, 69, 133
Juan Polo Laso, 79, 240, 237
Juan Ramón Jiménez, 56, 166
Julián Creis, 209
Julio A. Espino, 332
Julio Mas Alcaraz, 94, 344
Julio Prieto, 119
Julio Santiago, 25, 329, 330, 331, 332, 333
Justo Jorge Padrón, 242

Kike Torres Infantes, 22
Laura A. Cancho, 227
Laura Gómez Palma, 95
Laura Rodríguez Pombo, 141, 247
Leandro Sagristá, 75, 113
Leonardo David Segado, 236, 304
León Felipe, 284
Leopoldo Alas, 280
Leopoldo de Luis, 182
Lola de la Serna, 181
Lola Torres Bañuls, 233
Luciano Priego, 330, 174
Luis Alberto de Cuenca, 239
Luis Antonio González Pérez, 214, 297
Luisa Antolín Villota, 186
Luis Miguel Rodrigo, 332
Luis Rosales, 224
Makoto Ooka, 323
Manuel Bosch, 53
Manuel Jurado López, 345
Manuel Pérez-Cassaux, 292
Manuel Lacarta, 225, 256, 345
Manuel Laespada Vizcaíno, 266
María del Valle Rubio, 285
María Luisa Alameda, 195
María Moreno Molina, 273
Manuel Emilio Castillo, 312
Manuel Parra Pozuelo, 283
Manuel Rabalo Casillas, 318
Margarita Ballester, 253
Margarita Márquez Padorno, 8
María Ángeles Maeso, 174
María Elena Blanco, 169

María Jesús Pérez Grange, 119, 181, 291
María José Cortés, 154
María Rosal, 342
María Rosa Tamayo, 78
María Sarmentera, 160
María Sol Durini, 344
María Teresa Cervantes, 107
Mariano Altemir, 344
Mariano Valverde, 121
Mario Martín Gijón, 274
Mario Riera, 213, 308
Marta Gómez Casas, 179
Marta Rubio Aguilar, 337
Maximiano Revilla, 62, 96
Miguel Ángel Curiel, 296
Miguel Ángel Manzanas, 292
Miguel Ángel Olmedo Fornas, 345
Miguel Argaya, 19, 34
Miguel Cuerdo Mir, 325
Miguel Ferrando, 307
Miguel Hernández, 166, 206
Miguel Velayos, 215, 268
Milagros Salvador, 208
Mills Fox Edgerton, 24, 30, 40, 63, 101, 120, 114, 138,
174, 203, 274
Miquel López Crespí, 343, 190
Montserrat Doucet, 41
Nacho Albert, 77
Nicolás del Hierro, 309
Nicolás Melini, 301
Nieves Álvarez Martín, 125
Nieves Viesca, 293
Od. Alille, 260

Onofre Rojano, 217
Oscar Canelas, 8
Oscar Sobral, 331
Olga Guadalupe, 137
Pablo Gómez Soria, 216
Pablo Martín Laborda, 257
Pablo Méndez, 9, 43, 183, 294
Paco Moral, 151
Pablo Neruda, 265
Paloma Rueda, 174
Paola Herrera Ledesma, 282
Pascual García, 344
Pedro Antonio González Moreno, 139
Pedro Javier Martínez Martínez, 294
Pedro Jorquera, 37
Pedro Monserrat, 55
Pere Gimferrer, 239
Prudencio Rodríguez Lorenzo, 219
Raúl Fernández Vitores, 164
Raúl Losánez, 293
Raúl Morales, 234
Raúl Nieto de la Torre, 105, 174, 294
Raúl Quirós Molina, 173
Rafael González Serrano, 329, 330, 331
Rafael Montesinos, 91
Rafael Soler, 193, 262, 345
Rainer Maria Rilke, 149
Ramiro Gairín, 324
Ramón Hernández, 305, 345
Reinaldo García Ramos, 181
Ricardo Labra, 148
Ricardo Lobato, 85
Rita Geda, 341

Robert Cortell, 248
Rocío Álvarez Albizuri, 343, 294
Rocío Cantarero, 267
Rubén Darío, 150, 166
Rubén Martín Díaz, 188
Salustiano Masó, 29
Salvador Mira, 242, 243
Sandy García, 57
Santiago Castelo, 269
Santiago Gómez Valverde, 183, 241
Santiago Santana, 280
Sara Cristóbal Santiño, 244
Sebastián Fiorilli, 98
Sergio Berrocal Sánchez, 221
Sergio Rodríguez, 8, 33, 67, 117, 181
Tamara Broder-Melnick, 50
Tito Muñoz, 252
Tobías Campos Fernández, 232
Vicente Aquilino, 72
Vicente Cervera Salinas, 35
Vicente López-Ibor Mayor, 332
Vicente Martín, 131
Víctor Monserrat, 49
Vicente Enguix, 313
Vicente Simón, 281
Vlada Uròsevich, 243
Walt Whitman, 88
Xaviel Vilareyo, 279
Yose Alvarez-Mesa, 344

Ediciones Vitruvio

C/ Menorca, nº 44

28009

Madrid

Tlf: 91 573 21 86

